La Ilustración Artística

Año XI — Barcelona 23 de Mayo de 1892 — Núm. 543



LA ELECTRICIDAD, estatua policromada de Roberto Zeiler

SUMARIO

Texto. – *Crónica de Arte: La cuestión del día. Las noticias de los Salones de París. Estatuas presentadas en la nueva Biblioteca. Monumentos conmemorativos del descubrimiento de América y de la rendición de Granada*, por R. Balsa de la Vega. – *De Nueva York á California al través de México en* 1849, de la revista neoyorkina *The Century*. – *¡Misterio!*, por F. Moreno Godino. – *Miscelánea: Bellas Artes. Teatros. Necrología.* – *Nuestros grabados.* – *El fondo de un corazón*, por Marco de Chandplaix, con ilustraciones de Emilio Bayard. – SECCIÓN CIENTÍFICA: *Puentes modernos.* – *La lana mineral.* – Libros enviados á esta Redacción por autores ó editores.

Grabados. – *La Electricidad*, estatua policromada de Roberto Zeiler. – Ocho grabados correspondientes al artículo titulado *De Nueva York á California*, de los cuales siete llevan al pie de los mismos los siguientes títulos: *Patio de una posada mexicana; Catedral y puerto de Veracruz; Un caballo modelo; Herrando un mulo; Un duelo á la mexicana; Lancero mexicano; Vendedor de pulque.* – *El pintor de Flora*, cuadro de F. Vinea. – *Huída de Napoleón después de la batalla de Waterloo*, cuadro de Andrés Gow. – *En el harén*, cuadro de D. José Gallegos. – Puente proyectado sobre el Hudson. – Puente del Forth. – Puente sobre el río del Este. – Puente proyectado sobre el Elba. – *La eminente actriz Eleonora Duse.*

CRONICA DE ARTE

La cuestión del día.—Las noticias de los *Salones* de París.—Estatuas presentadas en la nueva Biblioteca.—Monumentos conmemorativos del descubrimiento de América y de la rendición de Granada.

No es pequeña la polvareda que levantó la prensa por causa de la traslación de la fuente de *Cibeles*. Lo más grave de esta cuestión consiste precisamente en que nadie se entiende. Quienes ponen de hoja de perejil al alcalde y al ayuntamiento, acusándoles de iconoclastas, ó poco menos, por el atrevido propósito de poner las manos pecadoras en la famosa obra ideada por el célebre arquitecto D. Ventura Rodríguez; quienes creen que está bien hecho lo de trasladar tan preciosa muestra del arte dieciocheno al centro de la gran plaza que formarán los paseos del Prado y Recoletos y la calle de Alcalá; quienes aplauden á la Academia de San Fernando porque protesta contra las reformas y traslación proyectadas; quienes afirman que aquel alto cuerpo se mete en la camisa consabida; en resumen, aquí no se entiende nadie.

Y todo esto ¿por qué? La cosa merece, para explicarse bien, un parrafillo.

El municipio tenía aprobado hace tiempo el proyecto de hacer una gran plaza en el lugar dicho más arriba, y como consecuencia de tal acuerdo, la de tirar una rasante que elevase más el suelo de la plaza y el del Salón del Prado, evitando así los estancamientos de las aguas llovedizas que por efecto de los desniveles producidos por las edificaciones de Recoletos y del Banco de España, amén de los arrastres de tierras realizados á favor de las lluvias torrenciales, hacían el tránsito imposible por aquella parte del Madrid nuevo, ó por lo menos del Madrid presentable. Al ponerse en práctica el acuerdo del ayuntamiento, y trazada la elipse exterior de la gran plaza, se procedió á la nivelación del suelo, así de ésta como del Salón del Prado, resultando que hubo de elevarse el del paseo unos treinta y pico de centímetros, y el de la plaza bastante más por algunos lados y bastante menos por otro; resultando que si la fuente de Cibeles antes estaba más baja del nivel del suelo, ahora necesariamente tenía que aparecer como metida en un pozo. Esto en cuenta, se procedió al desmonte de la citada fuente para trasladarla, bien al centro de la plaza, como aparece en el proyecto, bien para volverla á montar en el mismo lugar que actualmente ocupa. He aquí el motivo de la gran marejada.

Realmente el alcalde debió limitarse á dar cumplimiento á los acuerdos del ayuntamiento, haciendo caso omiso de las opiniones de cuantos más ó menos autorizadamente protestaban y protestan contra las obras que se están llevando á cabo. Cuando el señor Bosch me indicó que pensaba dirigirse á la Academia de Bellas Artes, para que este cuerpo decidiese si la Cibeles había de colocarse en un lugar ó en otro, no pude menos de hacerle observar que dicho cuerpo, no teniendo más carácter que el de consultivo, aun dentro de esto mismo, solamente puede emitir opinión acerca del mérito y del valor artístico de una obra, pero de ningún modo puede fallar en asuntos de ornato público. ¡Cuál no sería mi asombro cuando leí en varios periódicos que dicha Academia alevará al Gobierno una protesta contra la traslación de la asendereada fuente y contra las reformas en realización, pretextando que se destruía el primitivo plan de D. Ventura Rodríguez y que la Cibeles no es monumento central!

No había de quedarme tan sólo con la boca abierta, ante la extemporánea é incongruente salida de tono de la Academia: era necesario que el asombro se convirtiese en estupor, y de tal cambio se encargó *El Correo* con un comunicado y un artículo firmados por una X, incógnita que creo haber descubierto ya y que tiene todas las trazas de un candidato á académico. La X aludida afirmaba que el ayuntamiento faltaría á las leyes, atreviéndose á llevar á cabo el sacrilegio, el *fuenticidio* y las reformas, sin consultar previamente á la corporación de inmortales. Allá me fuí en busca de las leyes esas, y no pude dar con ellas. ¡Cómo había de dar con ellas si no existen! Las leyes á que se refería el solícito defensor de las prerrogativas académicas son los *Estatutos* de la de Bellas Artes, los cuales estatutos solamente á título de consejo autorizan á la Academia para ilustrar á los gobiernos, corporaciones administrativas, etc., en lo que se refiera al *mérito* de obras de arte. ¡Divertidos estarían los alcaldes y todos los municipios de España si para emprender obras de reforma, ensanche, etcétera, tuviesen la obligación de pedir el *visto bueno* á esos señores de la calle de Alcalá!

Aquí lo más grave es, que se está engañando (de buena fe, por supuesto) al buen pueblo de Madrid, haciéndole creer que la fuente de Cibeles es una maravilla. Y cuenta que no son personas incompetentes algunas de cuantas creen á pie juntillas, obra de superior mérito aquélla, puesto que el notable escritor y crítico de arte, mi buen amigo Jacinto O. Picón, aseguraba ayer desde las columnas de *El Correo* (en esto coincidía con lo dicho por X), que la fuente de Cibeles era una de las más bellas de Europa.

No, no es exacto eso ni mucho menos. No quiero recordar las varias que en París honran el cincel de Carpeaux y de otros escultores de su talla, ni las que en Roma, como por ejemplo la de *Trevi* y veinte más de su fuste, son verdaderos monumentos de arte, ni la misma de las *Cuatro estaciones* que se alza en el Salón del Prado, todas superiores en tercio y quinto á la Cibeles. Como motivo decorativo, estoy conforme en que le den la importancia que quieran sus admiradores; como obra de arte, es casi tan mala como la fuente de Neptuno.

Precisamente debiera tenerse en cuenta la época en la cual se trazó y esculpió la Cibeles, para no caer en la rutinaria admiración del vulgo, que mira en aquella matrona desproporcionada y que ostenta una corona de castilletes, la representación mitológica y clásica de la *Tierra*. El insigne *Jovino* como el eximio D. Ventura Rodríguez no pudieron eximirse de pagar un tributo al gusto depravado del arte de entonces, que apellidándose clásico, era, según Caneda, de una falsedad y de una ampulosidad lamentables. El insigne arquitecto, que con tanta sobriedad, que con tan limpio criterio y alto sentido estético combinaba las líneas geométricas, al entrarse por los campos de la figura, de la interpretación concreta de una idea á la cual concurrían las sutilezas del concepto del arte pagano, así en lo que atañe á la forma humana, como á la filosofía del simbolismo por este medio realizado, dió de bruces en los defectos que el citado Caneda apunta, defectos inherentes á una educación estética mixtificada y dislocada por un medio ambiente exhausto de la amplitud de conocimientos y tolerancias, necesarios para respetar cosas, doctrinas y escuelas.

Aquella deidad, sentada en una bañadera de asiento, no ofrece estabilidad aparente, y en cambio pone de relieve la ignorancia en que estaba el célebre arquitecto á propósito de la historia del mueble y del traje de los tiempos clásicos. Aquella plataforma cuadrada sobre la cual está colocado el sillón, es un remedo de las carrozas de percalina que se arman en diez ó doce horas para que el gremio de impresores ó cualquiera otro figure en esos festejos públicos, puestos á la orden del día desde los tiempos del de Anjou. Fíjense bien los defensores de la monumental fuente, y verán cómo aparece cubierta dicha plataforma por un volante ó guarnición de tela. Los leones que tiran de la carroza, colocados con horrible simetría, moviendo las cabezas hacia el lado contrario del brazo que levantan, faltos de proporciones y de la energía con que el genio ó el artista de raza sabe caracterizar estos animales, nos dicen á gritos que aun cuando se convirtieran por milagro en leones de carne y hueso, no podrían moverse, sin que á los dos pasos no hubiera necesidad de recoger del suelo á la madre Cibeles, despedida de su bañadera por el rodar de las cuatro ruedas de una carroza triunfal.

En resumen; ni aquello es un carro griego ni romano; ni eran éstos de cuatro ruedas; ni aquélla es una silla de los tiempos mitológicos ni de ningunos otros; ni los leones son leones; ni la deidad Cibeles llevó jamás corona de castillos, ni sería tan desproporcionada, caso de que hubiese tomado alguna vez forma femenina; ni, por último, tiene carácter del neoclásico de los días de D. Ventura Rodríguez, ni es rococó, ni nada; es un motivo decorativo, sin que pueda ser calificado de bueno.

***

A juzgar por la crítica transpirenaica, los dos *Salones* de París, si bien acusan una decadencia en el arte en general, señalan sin embargo una nueva ruta, iniciándose quizás algo...

Lo que se inicia en París, es simplemente un estragamiento del gusto. El arte francés atraviesa un período de anemia, de cansancio. La tendencia á buscar originalidades dentro del ambiente falso de la artificial vida cosmopolita (artificial en todo orden de ideas), se acusa en gran número de obras exhibidas en los dos *Salones* actualmente abiertos. Mientras Escocia, Irlanda, Inglaterra, Suecia y Noruega y algunos otros pueblos del Norte, que nacen en estos últimos años á la vida del arte, pueblos sin abolengo artístico apenas, producen obras repletas de gran sinceridad, inspirándose en la Naturaleza y no apartando la mirada de aquellas obras producidas por los grandes maestros de todos tiempos, el arte francés decae visiblemente por el empeño de acudir á la extravagancia, bien forzando la nota cómica, bien exagerando aquella que en efecto tiene un valor reconocido dentro de las nuevas tendencias.

Pero yo creo que más que á todo esto, obedece á una causa la decadencia de la escuela transpirenaica; esta causa es la carencia de ideales, el afeminamiento moral y físico del francés. Véase, si no, cómo la única preocupación constante del pueblo franco, la revancha, es la que mejores obras de arte inspira. Fuera de esta obsesión, para que un Pelouse alcanzara la talla que alcanzó, fué necesario que viviese ajeno por completo á otra vida que la que le ofrecía el campo.

***

Las escultores Sres. Nogués, Carbonel, Fuxá, Alcoverro y Moratilla entregaron ya los modelos definitivos de las estatuas de Nebrija, Vives, Lope de Vega y Berruguete y el de uno de los esfinges. Dichos modelos, aprobados ya por la Academia de San Fernando, quedarán en los puestos que han de ocupar las estatuas en mármol, hasta que pasen las fiestas del centenario. Para entonces deberá estar terminada (en yeso) toda la decorativa de la nueva Biblioteca.

***

El Sr. Susillo tiene muy adelantado el monumento que ha de erigirse en la Habana en conmemoración del descubrimiento de América. Según el parecer de personas competentes que han visitado recientemente el estudio del notable escultor sevillano, entre los bajos relieves que figurarán en el monumento sobresale el que representa á Cristóbal Colón discutiendo con los sabios de la Universidad de Salamanca.

El Sr. Benlliure trabaja también activamente en la terminación del monumento que se ha de elevar en Granada, destinado á perpetuar el hecho de la conquista de esa ciudad por los Reyes Católicos.

R. BALSA DE LA VEGA



Patio de una posada mexicana

DE NUEVA YORK A CALIFORNIA

AL TRAVÉS DE MÉXICO EN 1849 (1)

Ir á California en busca del metal precioso de sus minas, era el afán, el sueño dorado de todos, á fines del año 1848. La fiebre del oro estaba en su apogeo; muchos ansiaban emprender desde luego el penoso viaje, con la esperanza de enriquecerse pronto, mas carecían de recursos para ello; mientras que otros, teniendo á su disposición los medios necesarios, no podían abandonar familias, hogares y asuntos para arriesgarse en tal empresa. Sin embargo, algunos de estos últimos hicieron contratos particulares con los que no poseían recursos y deseaban probar fortuna, estipulando la repartición del oro recogido cuando el expedicionario volviera. Si aquellos aventureros hubieran obrado lealmente con sus socios capitalistas, repartiendo con ellos todo cuanto obtuvieron, no hay duda que estos últimos habrían quedado altamente satisfechos. Mas no fué así. A decir verdad, si el que iba á California hubiese podido compartir también con el socio que se quedaba tranquilo en su casa una mitad de las fatigas, de los peligros, de las enfermedades, del hambre y de la miseria que debía sufrir en el largo viaje, seguramente hubiera repartido el oro también.

Sin embargo, estos convenios indujeron á muchos hombres enérgicos, de aquellos que no temen nada, á organizar peregrinaciones para ir á buscar el oro, y entre otros, formóse una compañía, compuesta de doscientos aventureros de Nueva York, que es la misma de que voy á ocuparme. El plan era ir á Veracruz (México), y después por tierra á la costa del Pacífico, en San Blas ó Mazatlán. Una parte se embarcó en San Blas, otra en Mazatlán, y la tercera hizo todo el viaje por tierra desde Veracruz.

Esta última, compuesta en su mayoría de jóvenes, se organizó bajo el título de «Asociación Manhatlán-California» y contaba unos doscientos individuos. Todos estábamos ansiosos de aventuras y ávidos de extraer de las minas el oro necesario para enriquecernos. Llevábamos sombrero de anchas alas, botas altas de goma ó de cuero, mantas, camisetas de franela, recipientes de hoja de lata para lavar el oro, fiambreras, piquetas, palas y azadones, algunos libros, instrumentos de música, etc.; pero la mayor parte de estos efectos quedaron diseminados en los caminos de México ó en los chaparrales, y no pocos se vendieron á los indígenas por algunas míseras monedas. Más aprecio se hizo de las carabinas, revólvers, pistolas y cuchillos, fieles compañeros, de los cuales tuvimos buen cuidado de no separarnos nunca. Habíamos fletado la barca *Mara*, capitán Parks, de unas doscientas toneladas, y como nos habíamos propuesto proceder con la mayor economía, nos arreglamos de modo que el viaje hasta Veracruz no costase más de veinte duros á cada individuo. El último día de enero de 1849 nos embarcamos, equipados todos al estilo de California: botas y guantes de piel, manta cruzada sobre el pecho, á lo militar, carabina al hombro y los utensilios de cocina en la mano.

Poco después de habernos hecho á la mar, el viento sopló con sin igual violencia, y durante toda la noche, nuestra embarcación sufrió el embate de las olas como si hubiera sido una cáscara de nuez. Muchos de los nuestros, que experimentaban el mareo por primera vez, quejábanse amargamente, y hubieran dado cuanto tenían por hallarse en sus casas.

A la mañana siguiente no pude menos de compadecer á los que, presas de un indecible malestar, hallábanse tendidos sobre cubierta, sin tener remedio alguno para librarse del mareo. Para mayor desgracia, no teníamos quien preparase nuestra comida; pero al fin dos individuos se ofrecieron á cocinar hasta que llegásemos á Veracruz, y gracias á esto no nos faltó una comida diaria hasta el 24 del siguiente mes de febrero, fecha en que terminó aquel penoso viaje.

Llegamos á la costa de México cuando el sol descendía entre nubes de oro sobre los picos de la montaña, flanqueados por densas y obscuras masas, entre las cuales destacábase bajo el cielo azul la cima del Orizaba coronada de nieve. Dos aves de plumaje blanco llegaron de tierra, distante aún, y moviendo graciosamente las alas volaron alrededor de nuestros mástiles, volviendo después hacia tierra: eran lo que allí llaman «aves pilotos del marinero de los trópicos.» En la mañana de un domingo anclamos cerca de San Juan de Ulloa, que se distingue por su bonita torre antigua, y enfrente de nosotros elevábase la ciudad de Veracruz.

Los carabineros nos abordaron muy pronto con su bote, y poco después obtuvimos el permiso para desembarcar, sin duda porque al oficial no le agradaba nuestra compañía. Se pasó aquel domingo, recorriendo la antigua ciudad, bombardeada dos años antes por la artillería del general Scott: los muros y edificios, construídos con roca de coral, hallábanse en el mismo estado en que él los dejó; acá y allá veíanse esparcidos en las calles fragmentos de bombas y de proyectiles, y á lo largo de la playa yacían abandonados numerosos botes inútiles; también vi muchos furgones, cajas de artillería y hasta sillas de montar destrozadas.



Catedral y puerto de Veracruz

(1) No estando dispuestos los grabados que habían de ilustrar el artículo *La gran guerra de 1892* correspondiente á la presente semana, hemos tenido que suspender la publicación del mismo, que insertaremos en el próximo número.

Como Veracruz se halla en un espacio arenoso, rodeado de cactos y lagartos y extensos chaparrales, enviamos mensajeros á las haciendas inmediatas para anunciar que los *yankees* necesitaban caballos, mulas y burros; y fué forzoso pasar la noche en la ciudad, reputada de poco sana, donde nos alojamos en una posada muy grande, cuyo patio estaba lleno de chalanes y caballos. Echamos nuestras mantas sobre unos tablones, en el segundo piso, perturbando la tranquilidad de legiones de moscas, que en venganza nos acosaron furiosamente; y en cuanto á mí, apenas pude conciliar el sueño en toda la noche, á causa del estrépito que producían las doscientas mulas hambrientas que había en el patio. Solamente podría hallar el paralelo de esta noche pasada en México en una página del *Inferno* del Dante.



Un caballo modelo

En la mañana del lunes presentáronse los chalanes mexicanos, precedidos de una legión de caballos y mulas, entre los cuales contábanse cojos y ciegos, y algunos tan resabiados, que para nosotros habría sido muy difícil montarlos. Sus dueños, no obstante, habían sabido ocultar sus defectos con maravilloso arte; de modo que en la mayor parte de los casos el engaño no se descubría hasta que los vendedores estaban camino de sus ranchos. Los compradores ansiosos pagaban de veinticinco á cuarenta duros por cuadrúpedos que sus dueños habrían dado por menos de la cuarta parte de este precio para deshacerse de semejantes jamelgos, buenos tan sólo para arrojar al jinete de la silla, pero que se mostraban muy dóciles bajo la mano del chalán.

Una vez visados nuestros pasaportes y montado cada hombre en su jaco, en la noche del lunes llegamos, Dios sabe cómo, á lo que debía ser nuestro campamento en Santafé, grupo de cabañas, situado á diez millas de Veracruz, donde nos entregamos al reposo en el duro suelo, sin más colchón que nuestras mantas. En el barco habíamos resuelto organizarnos en cuatro divisiones, cada cual con su capitán, eligiéndose un general en jefe; pero como éste no se presentó á la hora en que debíamos marchar, me encargué yo del mando de la expedición.



Herrando un mulo

En la mañana del 28 de febrero emprendimos la marcha, que por cierto fué una de las más enojosas. El trabajo de preparar el alimento, de cargar y descargar los equipajes y de arreglarlo todo cuando nos acampábamos ocasionábame infinitas molestias. Muy pronto me fué necesario organizar una retaguardia para recoger á los rezagados, y con frecuencia la columna debió de hacer alto si se perdía de vista alguno de los nuestros, pues de lo contrario habría sido víctima de los vigilantes bandoleros que nos seguían. En todo el camino, y mientras cruzábamos por México, vi numerosas cruces de madera que indicaban la perpetración de un crimen. En la primera jornada pasamos por un sitio llamado en el país «Cueva del asesino» Antes de recoger las tiendas por la mañana modifiqué nuestra organización, y adoptando una rigida disciplina militar, después de aligerar el peso que cada individuo llevaba, pude acelerar el viaje; de modo que recorríamos veinte leguas mexicanas cuando no íbamos por terreno montañoso. Al abandonar la costa, el camino y el clima mejoraron, y llegado el primer sábado, acampamos para pasar el domingo en los arrabales de la magnífica ciudad de Jalapa, rica en frutos y flores, y de la cual dice el proverbio mexicano: «Ver Jalapa y morir.»

Jalapa está asentada en la falda del monte Macuiltepec y sus casas escalonadas presentan un hermoso aspecto panorámico, aumentando los encantos de su pintoresca posición la presencia del Cofre de Perote con sus quebradas vertientes cubiertas de una exuberante vegetación, los bosques de liquidámbar y jinicuiles que la cercan por el Sur y por el Sudeste, los amenos jardines de su recinto, los hermosos paseos de sus alrededores y los bellísimos lugares de recreo que por doquier se divisan.

Antes de proseguir la marcha cambiamos muchos cuadrúpedos por otros mejores, herrando á los que lo necesitaban, con lo cual conseguí que reinara mejor espíritu y más animación en mi gente.

En la plaza de Jalapa se manifestó por primera vez la hostilidad contra los *yankees;* la multitud nos rodeó gritando, y hasta hizo una tentativa para obligarnos á desmontar; pero gracias á nuestro proceder enérgico salimos del paso sin tener que lamentar el menor disgusto. Una noche, hallándonos á cierta distancia de Jalapa, nuestra entrada en un pueblo produjo mucha excitación; hubo una alarma general y se mandó tocar las campanas, mientras que varios mensajeros corrieron á las haciendas inmediatas. Muy pronto llegaron numerosos hombres armados de escopetas; mas á pesar de todo, permanecimos en nuestra hacienda, que tenía paredes muy altas y sólidas puertas, y al día siguiente pudimos salir sin que nadie nos molestara.

Por lo regular levantábamos el campamento á las tres de la madrugada, encendiendo las hogueras; tomábamos un refrigerio, y emprendíamos la marcha, que solía ser de veinte millas, haciendo alto después para comer.

Durante la noche poníamos siempre centinelas, atando las mulas y caballos convenientemente, pues debíamos guardarnos mucho de los bandoleros. Nos hallábamos entonces en una parte del país cubierta de matorrales bajos, entre los que veíamos con frecuencia correr los conejos, los pavos salvajes y otros animales. Como no había ciudades cerca, muchos de los nuestros fueron á cazar; en el camino encontraron unas mujeres mexicanas, las cuales les dijeron, señalando un barranco, que por allí venían los ladrones, y al oir esto, mis compañeros volvieron á reunirse con nosotros, á fin de atender á la defensa común.

Poco después, efectivamente, dejáronse ver los bandoleros; pero sin darles tiempo para que se prepararan, corrimos para presentarles el combate, que rehusaron prudentemente, reconociendo sin duda que estábamos dispuestos á rechazar la fuerza con la fuerza.

En Puente Nacional vimos los huesos insepultos que habían quedado en aquel campo de batalla, y contemplamos con admiración las elevadas fortificaciones que protegían la entrada de las alturas casi perpendiculares por donde los dragones desmontados del coronel Harney se abrieron paso entre la maleza y los matorrales, sufriendo el fuego de las baterías mexicanas. Temíamos vernos en la precisión de abrirnos paso á viva fuerza por aquel puente; pero nadie nos molestó.

En las alturas de Cerro Gordo acampamos para comer: en el campo central de la batalla, donde Santana se batió con más denuedo, encendimos nuestras hogueras; sacamos agua de un estanque, cubierto de vegetación, para hacer el café, y bebímosle á la sombra de los mismos árboles bajo los cuales se habían cobijado tantos heridos antes de morir, satisfechos de poder apagar su sed antes de abandonar este mundo. Alrededor de nosotros veíamos los huesos diseminados insepultos de los que sucumbieron en la lucha, y entre el ramaje de algunos matorrales y de los árboles, muchos cráneos que parecían mirarnos, puestos allí sin duda por algún mal intencionado para infundir pavor á los viajeros. En todo aquel terreno, los restos de armas y municiones atestiguaban la espantosa lucha que allí se sostuvo entre los ejércitos de México y Estados Unidos.

Muy pronto nos internamos en las montañas de Ríofrío, y en la cumbre nos sorprendió una terrible lucha de los elementos: truenos, relámpagos, lluvia, granizo, nieve, intenso frío y un espantoso huracán; de modo que el agua nos caló hasta los huesos, mientras que nuestros pobres cuadrúpedos, acostumbrados á las cálidas llanuras, temblaban de frío á la vez que de terror, deslumbrados por el fulgor de los relámpagos; por su aspecto y manera de conducirse parecía que nos pidiesen protección. Era la tarde del sábado, y se nos ofreció generosa hospitalidad en la hacienda de Buena Vista, cerca de la cumbre de la montaña, punto que se hizo histórico después como lugar de refugio del desgraciado emperador Maximiliano.

Encontramos toda la cima de la montaña infesta-

da de guerrillas; no estábamos lejos de la ciudad de México, y en aquellos parajes las cuadrillas de bandoleros asaltaban á los viajeros montados y á las diligencias, asesinando con frecuencia á las personas después de saquearlas. Por esto se justificó mi precaución de hacerme fuerte en la hacienda, poniendo centinelas para vigilar cuidadosamente los alrededores; pero habiendo sabido que eran mucho más numerosos que nosotros los que podían atacarnos, abandoné la hacienda para emprender con mi gente una rápida marcha en dirección á México, que no tardamos en avistar, sin haber ocurrido ningún percance. Sin embargo, aún no había cesado del todo el peligro de las guerrillas, y era necesario bajar de las alturas de la montaña. Frente á nosotros veíamos los montes de Popocatapelt y de Iztaccihuatl, y á nuestros pies extendíase el gran valle y la ciudad de México. La montaña de Iztaccihuatl ó Iztaccihuatepetl es una de las más hermosas de la gran sierra que por el Este limita el valle de México. Su extensa cumbre eternamente cubierta de nieve representa por la disposición de sus rocas el cuerpo de una mujer tendida, lo cual ha dado origen al nombre de la montaña (derivado de *iztac*, blanca, y *cihuatl*, mujer) y sus vertientes están surcadas de profundos barrancos, en las que se admiran enormes rocas de pórfido y basalto entre la espléndida vegetación que cubre así estas quiebras como la falda del monte. Al bajar de la montaña vimos tres guerrillas cuyos individuos se descolgaban hasta el camino por medio de cuerdas que se pasaban bajo los sobacos.

A mediodía hicimos alto para comer, y mientras hacíamos nuestros preparativos acercóse á nosotros un piquete de lanceros mexicanos muy bien equipados, con el indispensable lazo de cuero en sus caballos, que eran de inmejorable estampa. Con su vistoso uniforme, sus caras de grave expresión, su cabello negro, espeso mostacho y mirada resuelta, aquellos lanceros eran muy propios para infundir pavor á los ladrones y bandoleros á quienes debían perseguir. Su sistema de ataque consiste en arrojar el lazo sobre la víctima; con sus bien amaestrados caballos consiguen derribarla de la silla muy pronto, y entonces arrástranla por tierra, ó la matan á lanzadas. Invitado por ellos, me alejé á considerable distancia para ver hasta qué punto llegaba su destreza en el manejo del lazo, y confieso que á pesar de mi agilidad no pude librarme de ser cogido.


Lancero mexicano

Después de atravesar el valle de México, muy pintoresco por las innumerables plantas con que se fabrica la bebida nacional llamada *pulque*, penetramos en la antigua ciudad de Motezuma, poco tiempo antes conquistada y evacuada por el ejército de los Estados Unidos. Fuimos alojados en una cómoda hacienda, y vimos numerosas fondas, donde se expenden refrescos y el característico *pulque*, que es la cerveza de México.

Al día siguiente se manifestó la antipatía á los americanos en la plaza pública, cerca de la gran catedral, con motivo del paso de una procesión religiosa. Todas las personas que había en la calle arrodillábanse reverentes y se descubrían, haciendo la señal de la cruz. Mis aventureros, sin seguir el ejemplo, limitábanse á contemplar la escena con curiosidad; mas al ver esto la gente del pueblo, obligáronles á doblar la rodilla, haciendo rodar sus sombreros por tierra, lo cual bastó para que se reuniese una considerable multitud. Mis compañeros opusieron resistencia, y á no haber sido por una pronta intervención de varias personas, es muy posible que nuestro viaje hubiera terminado en los calabozos de una cárcel. Hubiera sido peligroso permanecer más tiempo en la ciudad, y en su consecuencia emprendimos la marcha hacia el Pacífico.


Un duelo á la mexicana

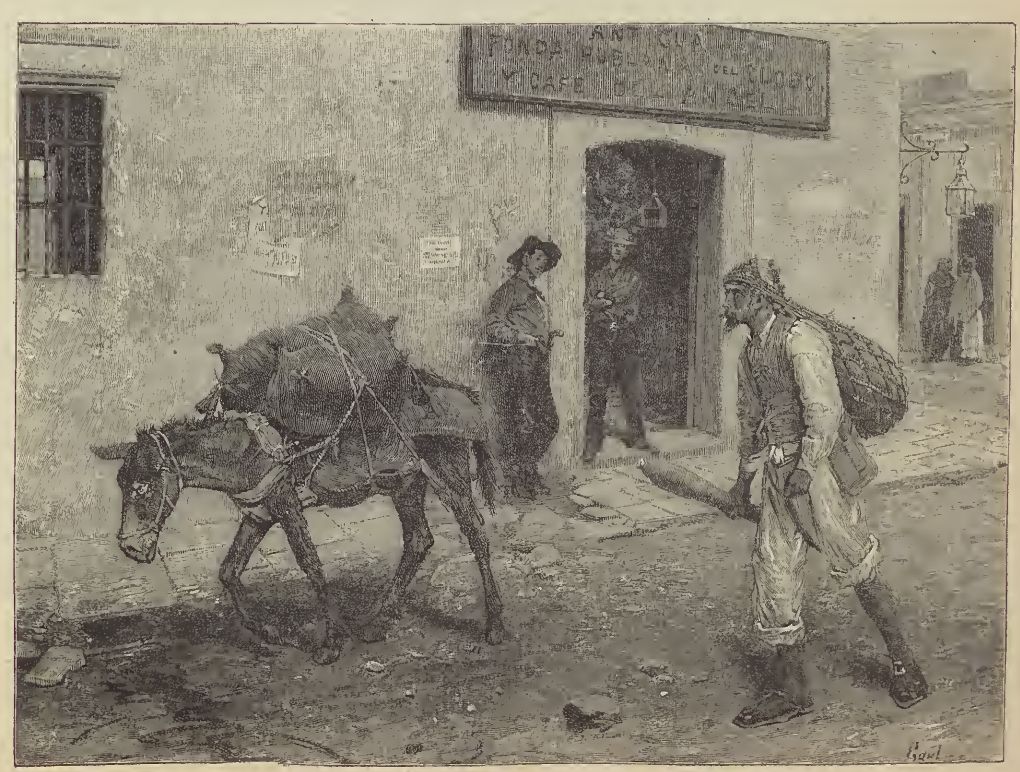
Mal avenidos con mi propósito de suspender la marcha los días de fiesta á fin de buscar caballos y descansar un poco, treinta individuos de nuestra partida tuvieron por conveniente separarse de nosotros. Tenían prisa por llegar á California, antes que se extrajera «todo el oro,» y consideraban que detenerse los domingos era perder el tiempo. En su consecuencia despidiéronse de nosotros y marcharon con toda la rapidez posible.

Después de un largo día de marcha llegamos á Celaya, ciudad amurallada, de unos seis mil habitantes. Fundada en 1570 por orden del virrey Don Martín Enríquez de Almanza, Celaya, cuyo nombre deriva del vascuence *Zalaya*, tierra llana, por haber sido oriundos de Vizcaya la mayoría de sus fundadores, hállase emplazada en una hermosa llanura á poco menos de una legua del río de la Laja, y en sus cercanías existen grandes bosques de huizales, mezquites, fresnos y álamos del Perú, y extensos campos de trigo, maíz y chile sumamente productivos. Dentro de la ciudad admírase en primer término el templo del Carmen, obra del insigne arquitecto D. Francisco Eduardo de Tresguerras, que fué terminada en 1798 y que es sin duda la más hermosa y mejor proporcionada de todas las iglesias de la república mexicana.

La población de Celaya se mostró marcadamente hostil á nosotros, y habiéndome enviado el alcalde aviso para que me presentara inmediatamente, ordenóme que no intentara salir de la ciudad antes de amanecer, disponiendo además que la mitad de mi gente pasara á un pueblo situado á unas diez millas. Añadió que enviaría un mensajero para nuestra seguridad, pues de lo contrario seríamos atacados. A esto contesté que no haría tal cosa; que no pedíamos protección, y que en caso de hostigarnos, cada cual haría lo posible para defenderse. Entonces el alcalde mandó al dueño de la hacienda (que era una verdadera fortaleza, como todas las demás) que nos retuviera prisioneros hasta la mañana; pero á las tres de la madrugada obligamos al propietario á dejarnos el paso libre, y saliendo triunfalmente, continuamos la marcha.

En la noche del sábado siguiente llegamos á una ciudad situada cerca de Guadalajara; por su centro corría un riachuelo y abundaban los naranjos y granados. Durante la semana habíamos recorrido trescientas millas, la mayor parte por terreno montañoso, y esto era más que suficiente para que hombres y caballos estuvieran extenuados de fatiga y ansiosos de entregarse al descanso.

En la mañana del domingo, mientras saboreaba una taza de café en la fonda, oí la detonación de una carabina cerca de la casa, y poco después llegó un mensajero apresuradamente para decirme que el joven W..., de Nueva Jersey, acababa de suicidarse disparándose un tiro. Muy pronto nos vimos rodeados de una considerable multitud, que se proponía imponernos un castigo por lo que consideraba un crimen; pero se le hizo ver nuestra inculpabilidad y redújose todo á un tumulto. Con algunas tablas se improvisó un ataúd, y á eso de la media noche, en medio de la obscuridad, dimos sepultura á nuestro compañero en un lugar retirado, clavando sobre su tumba una tosca cruz de madera para evitar la profanación.



Vendedor de pulque

Al rayar el día salimos de aquel lugar como hombres que escapan, y con tristeza entramos poco después, á eso de las once y media del día, en la gran ciudad de Guadalajara, una de las más importantes poblaciones de la república, que disputa á Puebla por su hermosura el segundo lugar de las capitales del país. Sus bellísimos paseos y sus hermosos edificios públicos justifican la fama que de antiguo goza, mereciendo especial mención entre estos últimos la catedral, fundada por el segundo obispo de la diócesis D. Pedro Ayala, quien puso la primera piedra en 22 de octubre de 1561. Este templo, cuya consagración tuvo lugar á los 57 años, día por día, de comenzadas las obras, es decir, en 22 de octubre de 1618, es bello y majestuoso en su interior, donde se admiran sus tres grandiosas naves que descansan sobre treinta esbeltas columnas, y aunque su exterior no corresponde á las bellezas que dentro se ofrecen, no deja de presentar algunos detalles arquitectónicos notables.

Acababa de llegar á Guadalajara poco antes que nosotros un regimiento de tropa á fin de castigar á varios indios rebeldes; y la presencia de los soldados, coincidiendo con nuestra entrada (éramos ciento cincuenta hombres, todos con sus camisetas rojas), alarmó de tal manera al pueblo, que muchos comenzaron á gritar «¡Revolución, revolución!» Para mayor tumulto, varios individuos de tropa descargaron sus armas en las calles, las mujeres gritaron, cerráronse las tiendas, y entretanto nosotros atrancamos las puertas de nuestro alojamiento, temiendo que aquel fuera el fin de nuestro malhadado viaje á California, cuando nos hallábamos aún á más de cien millas de la costa. A pesar del peligro, todos estábamos dispuestos á vender caras nuestras vidas; mas gracias á la intervención de no sé quién, no fuimos atacados, y poco después de media noche pudimos salir de la ciudad sin que nadie nos molestase.

Continuamos nuestro viaje tranquilamente, haciendo diversos comentarios sobre el grave incidente ocurrido en la ciudad de Guadalajara.

Al fin llegamos á Tepic, ciudad comercial que trafica con el puerto de San Blas, y allí no encontramos ya enemistades, pues gracias á las relaciones é intereses del comercio se respeta generalmente á los americanos. Cuando entramos en San Blas nuestra salud era excelente, y no habíamos perdido más que un hombre, el suicida de que hablé antes.

Por casualidad hallábase anclado allí el bergantín *Cayuga*, de doscientas toneladas, capitán Savage, que admitía pasajeros para conducirlos á San Francisco, y con el cual hicimos un contrato análogo al que se estipuló antes con el capitán Parks, cuidándonos esta vez también nosotros de nuestros víveres. Estos últimos se reducían á galleta dura como la piedra, gran parte de la cual estaría ya seguramente llena de gusanos; vaca en salazón, que aquí se vende por varas, tan resecada, que más bien parecía cuero; una regular cantidad de café y azúcar. En la cubierta, detrás del palo de trinquete, se despejó un espacio para nosotros, y allí debíamos permanecer á la intemperie, recibiendo el agua y el sol sin un toldo siquiera para guarecernos. El capitán Savage había admitido á bordo varios pasajeros, á cuya disposición puso los camarotes, y como pagaban un precio fabuloso, comprometióse á darles provisiones frescas, para lo cual se embarcaron varias cabras. No había mesas á bordo, y para comer y beber era preciso permanecer en pie ó sentarse en la cubierta.

A los ochenta y cuatro días de nuestra salida de Nueva York nos hicimos á la vela para San Francisco, olvidando las fatigas pasadas, y sin temor á los peligros, porque estaba próximo el término del viaje. Poco les importaba á mis compañeros que la galleta estuviese tan dura que pudiera romperse algún diente en el esfuerzo para masticarla, ni tampoco que fuese preciso bajar las tiras de vaca en salazón hasta el agua y tenerla allí cuarenta y ocho horas antes de que pudiese ser guisada; por mi parte, me atrevo á decir que á ningún tiburón le habría tentado semejante alimento. Nuestro capitán, experto navegante en aquellas latitudes, ansioso de verse libre de nosotros lo más pronto posible, resolvió enderezar el rumbo hacia el Sudoeste para llegar á la bahía de San Francisco sin pérdida de tiempo. Nos alegramos mucho de que se hiciese así, porque el agua comenzaba á escasear, siendo preciso beber la del fondo de las tinas, de color rojizo y muy desagradable. Sin embargo, ninguno se quejaba, porque ya creía ver brillar el oro amarillo de las minas de California.

Al cabo de treinta días de viaje en el *Cayuga* penetramos por la Puerta de Oro en 14 de mayo de 1849, pudiendo lisonjearnos de que éramos el primer cuerpo organizado que llegaba al puerto por mar y tierra, aunque vimos anclados lo menos cien buques en aquellas aguas.

El tiempo empleado en nuestro viaje fué:

	DÍAS.
Desde Nueva York en la barca *Mara* hasta Veracruz.	24
Desde Veracruz hasta que embarcamos en el *Cayuga*.	60
Viaje por el Pacífico hasta San Francisco.	30
TOTAL.	114

Los treinta individuos que se habían separado de nosotros en México llegaron á San Blas dos semanas después, continuando su viaje por tierra hasta Mazatlán, donde encontraron por casualidad una goleta que los condujo á un punto situado doscientas millas más allá; pero como no llevaban más provisiones que arroz, y les faltó pronto el agua, padecieron mucho por el hambre y la sed. Al cabo de seis meses llegaron á San Diego, y desde aquí dirigiéronse hacia San Francisco, agotados casi sus recursos y faltos de salud. A veces hubieron de atravesar vastos desiertos, donde no había agua ni caza, y en no pocas ocasiones debieron alimentarse de sapos y lagartos, y hasta de las serpientes de cascabel que podían matar y cuya carne cocían. Seguramente les sostuvo más que todo la esperanza de adquirir una fortuna en las minas de oro; pero lo mismo que otros muchos, ¡cuántos debían volver desengañados y darse por satisfechos de haber salvado la vida!

(De la revista neoyorquina *The Century*.)

¡MISTERIO!

I

Ser popular en un pueblo de escaso vecindario, en donde todo el mundo lo es, pues todos sus habitantes se conocen, es el colmo de la popularidad, y este colmo cabíale en suerte al tío *Pechuga el Tomatero* y familia. Llamábase el buen hombre Manuel García, como el matador de toros sevillano. Lo de *Pechuga* era apodo, por andar siempre despechugado de camisa, y lo de *Tomatero* aludía á uno de sus oficios, pues tenía dos. Era el tío *Pechuga* natural de Perales de Tajuña, pueblo á siete leguas de Madrid, situado en la antigua carretera de Cuenca; tan situado, que la calle principal del pueblo bordeaba el camino, y supongo que seguirá lo mismo, aunque con el tiempo transcurrido bien pudieran haber variado las cosas. La dicha calle sólo lo es por mitad, pues no tiene más que una hilera de casas á un lado, y enfrente, en vez de fachadas una veguita, lo cual la da un aspecto alegre y pintoresco. La casa en que habitaba el tío *Pechuga* era de su propiedad y estaba situada en un extremo de la calle, casi ya junto al campo y casi frontera á un tomatar algo más grande que un pañuelo de hierbas, que el buen hombre cultivaba en la vega. Con más razón debieran haber apodado á éste el *Melonero*, pues poseía también un melonar grandecito, situado en una vertiente de un monte que se eleva al otro lado de la vega. Pero así son en los pueblos: ponen motes con la menor justificación posible. La familia del *Tomatero* se componía de los tres personajes siguientes:

Tío *Pechuga el Tomatero*, hombre de cincuenta años de edad, ágil y vigoroso todavía.

La tía Petronila ó *Pretonila* (á gusto de quien la nombraba) *la Tomatera*, mujer del antedicho, y mujer de cuarenta y ocho años, tan llena de carnes, que se movía con dificultad.

Feliciana *la Tomatera*, hija única de los susodichos, joven de diez y siete años de edad, morenita agraciada, de mejillas coloradas como los tomates de su padre, de ojos pardos, pero grandes y vivos, y de talle de avispa, como dicen los franceses.

Sabido es que en los pueblos el mote ó apodo alcanza á todos los individuos de una familia, y por esto en la del tío *Pechuga* todos eran *Tomateros*.

Cuando llegaban las respectivas épocas, el tío *Pechuga* cargaba sus tomates ó sus melones en un borriquillo que alquilaba á un vecino suyo leñador, y generalmente iba á venderlos á Arganda, pueblo distante tres leguas de Perales y en el que hay mucho *señorío*, especialmente en el ramo de cosecheros de vino. Como los tomates eran *tempraneros* y los melones de buena calidad, vendíanse bien y caros; pero aun así, el honrado cultivador sólo sacaba un producto líquido de veinticinco ó treinta duros cada año, y como una familia, aunque no sea sibarita, no puede derrochar con tan poco dinero, la del tío *Pechuga* vivió durante algunos años entre quebrantos y duelos.

Pero algún tiempo después de haber *salido de la maestra*, ó sea después de haber terminado su educación en la escuela gratuita de niñas, Felicianita, el pimpollo de la casa, todo varió en la del tío *Pechuga*, y allá por los años de á 185..., en que comienza mi relato, el bienestar habíase entrado de rondón por las puertas de la familia de los *Tomateros*.

¿A qué se debía esto?

Pues se debía á la habilidad de Feliciana. No bien comenzó á piñonear (en buen sentido), comenzó á hacer prodigios de imaginación y de aguja en clase de costurera de ropa blanca. La señora del médico del pueblo recibía *La Moda elegante*, de Madrid, y la muchacha, que era curiosa y avispada y leía de corrido, la leía todos los números y la explicaba los figurines. Se me olvidaba decir que el médico y los *Tomateros* eran vecinos. Estas lecturas desarrollaron el gusto de Feliciana, que hizo explosión en el momento oportuno, con motivo de haberla encargado la farmacéutica, que también vivía en la misma calle, la confección de la camisa de novia de una sobrina suya. ¡Válgame Dios, qué maravillas hizo la costurera en la confección de la tal prenda! ¡Qué cifra bordada en la pechera con las iniciales entrelazadas de los novios! ¡Qué lazos de cinta de seda de varios colores, qué vainicas de novedad en las costuras, qué corte de faldón trasero, qué...! En fin, que la camisa corrió de mano en mano por todo el pueblo, causando la general admiración.

¡Figúrense ustedes cómo estaría el novio!

II

Desde entonces se consolidó la reputación de Feliciana como costurera en ropa blanca: aquello había sido una vocación, una inspiración ó cosa así; pues la maestra de niñas del pueblo poco ó nada habíala enseñado. Las cinco ó seis elegantes de la localidad se disputaban las labores de la costurera, siendo la más encarnizada el ama del cura párroco, que sentía el verdadero lujo, el lujo de la ropa interior. Y no sólo la muchacha tenía encargos en el pueblo, sino que también de los de las cercanías, como son Morata, Belmonte de Tajo, Colmenar de Oreja y Villarejo de Salbanés. Exigíasela, como á los grandes artistas, que pusiera su nombre en las prendas que confeccionaba, y por consejo del farmacéutico de Perales, que por casualidad sabía latín, ponía ella: «Feliciana García *me fecit*,» como en las navajas de Albacete. Con tanto encargo como llovía sobre ella y aunque no era carera, se ganaba diez ó doce reales diarios, y unido esto á los melones y tomates de su padre y en pueblo tan barato, constituían un bienestar en la familia de los *Tomateros*. ¿No hubiera sido más decente trocar este calificativo por el de *familia de la bordadora*? Pero en los pueblos son así, tozudos é ilógicos.

Lo cierto es que Feliciana era un prodigio de actividad. No sólo hacía labor, sino que llevaba el peso de la casa. Su padre sólo se ocupaba de sus tomates y melones; su madre, la tía Petronila, por causa de su obesidad sólo podía hacer tres menesteres domésticos, á saber: guisar malamente, teniendo los utensilios á su alcance; echar de comer á las gallinas, el gallo inclusive, y hacer calceta; de suerte que la muchacha tenía que ocuparse de todo lo demás. Sus padres pensaron en tomar *un cuarterón de criada*, ó sea una criadita de pocos años y por lo tanto barata; pero aquélla se opuso á la idea, sin duda teniendo á gala trabajar y hacerlo todo ella. Se levantaba, no al rayar la aurora, pero sí al salir el sol, limpiaba toda la casa, alzaba las camas para que se oreasen, aseábase ella poniéndose que daba gloria el verla, iba á la compra diaria, y de vuelta á su casa se sentaba á hacer labor hasta que su madre la llamaba para la comida del mediodía. Y luego vuelta á coser, hasta que muy caída la tarde, hacía las camas, volvía á regar los tiestos de su ventana, preparaba la cena para que á su debido tiempo la diera la última mano su madre, y salíase á la puerta de la calle á esparcirse, ó bien hacía correrías á las casas de los vecinos más próximos ó de parroquianos que encargábanla labores.

Y todo lo hacía sin esfuerzo, sin cansancio, con la difícil facilidad de los grandes trabajadores.

Con tan buenas cualidades y con un palmito que no había más que ver, ocioso será decir que no faltaban varios mozos jóvenes y viejos que la hacían cucamonas. En los pueblos se llama *mozo viejo* á todo soltero que pasa de los treinta años. Feliciana no se fijaba en ninguno, sin duda porque no le había llegado su hora, y si pensaba por casualidad en alguien, era en *Juanele el Tonto*, el más insignificante de todos.

Juanele no se llamaba así, sino Juan, y quizá sólo era tonto porque se lo llamaban. Era huérfano de padre y madre. Su padre, que fué recolector de esparto y que túvo otros oficios menudos, había muerto hacía cuatro años. Desde pequeño demostró *Juanele* gran inclinación á las cosas místicas, y cuando niño fué acólito de la iglesia del pueblo, hasta que le echaron por ser ya adolescente. Desde entonces y después que murió su padre se buscó la vida como pudo. Recogía esparto ó aceituna, mataba langosta, servía

de guarda interino de viñas y melonares y en resolución dedicábase á cuantos oficios le permitía su poco robusta complexión. Su abandono y orfandad y tal vez su misticismo hacíanle ser triste, huraño y retraído, y á esto debía el apodo de *Tonto*.

Tenía una cualidad: aunque su físico no era muy fuerte, éranlo sus piernas, y á veces se le empleaba como *propio* ó mensajero para llevar encargos á los pueblos limítrofes.

En la época en que Feliciana pensaba en él algunas veces, era *Juanele* un joven de veinte años de edad. Coronaba su cabeza un monte de enmarañados cabellos, pero finos y rubios como el oro. Sus facciones eran suaves y graciosas, y hubiéranlo sido más todavía á no obscurecer la acción del aire y del sol su nativa blancura. Como la mujer

la menos lista
tiene en su corazón algo de artista,

Feliciana notaba todo esto, y reconstruyendo á *Juanele* bien peinado y lavado y sin el traje harapiento que le cubría, hallábale un muchacho guapo y de figura más fina que los demás del pueblo.

Pero la hija del tío *Pechuga* no pensaba á veces en *Juanele* sólo por su linda cara, sino porque le veía frecuentemente, aunque casi siempre de lejos. Si no estaba ocupado en el campo ó en algún pueblo cercano, el muchacho pasaba dos ó tres veces por la calle Mayor, y cuando llegaba frente á la casa de los *Tomateros*, miraba de soslayo con sus ojos azules y expresivos; lo cual no se escapaba á la penetración de la costurerita. Es más, en cierta ocasión habíale prestado un servicio importante. Una mañana estando ella lavando ropa en el Tajuña, ó se desvaneció ó se resbaló por la tabla en que lavaba: lo cierto es que cayó al río de cabeza, y hubiéralo pasado mal, porque el Tajuña, aunque estrecho es hondo, sin la intervención de *Juanele*, que acudió en su auxilio. Fuera de esta ocasión, nunca, ni antes ni después, habíale dirigido la palabra. Quizá este platonicismo era un nuevo motivo para que la muchacha pensase algunas veces en *Juanele el Tonto*; pues las mujeres son así. Era indudable que éste sentía algo ó mucho por la atractiva costurera; pero de seguro la idea de que no podía ser correspondido por ella, unida á su excesiva timidez, eran causas de que sólo se limitase á mirarla con ojos de carnero moribundo. Su amor no le distraía de sus devociones; frecuentaba la iglesia cuantas veces podía, y en los dos amores de su alma parecía sobreponerse el amor de Dios, como lo probaba el siguiente rasgo de su carácter. Todos los días festivos veía entrar á Feliciana en la iglesia á la hora de la misa mayor, entrábase tras de ella; pero una vez en el templo, se colocaba en sitio desde donde no pudiese verla, y allí arrodillado oía la misa con el mayor fervor.



EL PINTOR DE FLORA, cuadro de F. Vinea

III

La casa de la familia de los *Tomateros* era bastante reducida. Tenía en la planta baja un portal ó recibimiento. A la izquierda estaba la cocina, á la derecha había una salita con dos alcobas pequeñas, en una de las que dormían el tío *Pechuga* y su cara mitad. En el fondo del portal veíase un patio entoldado de una parra de uvas moscateles, y más allá un corral que servía de harén á un gallo y ocho ó diez gallinas. Del recibimiento arrancaba una escalera *volada* que conducía al segundo y último piso de la casa. Componíase éste de una meseta: al lado izquierdo había una pieza con ventana á la calle, y un dormi-

HUÍDA DE NAPOLEÓN DESPUÉS DE LA BATALLA DE WATERLOO, cuadro de Andrés Gow



EN EL HARÉN, CUA DE D. JOSÉ GALLEGOS

torio, que constituían la habitación de Feliciana, y al lado derecho un *sobrado* ó granero, en donde el tío *Pechuga* colocaba los melones y tomates destinados á la venta.

F. MORENO GODINO

(Continuará)

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—Se ha inaugurado en Viena la Exposición internacional de Música y Teatros, con asistencia del emperador, de los archiduques, del cuerpo diplomático, de los ministros y de gran número de dignatarios é individuos del Parlamento. Próximamente publicaremos reproducciones de algunos de los principales edificios de esta exposición, y en cuanto á las interesantes fiestas que durante ella se celebren, de ellas pondremos al corriente en esta sección á nuestros lectores.

—En Viena se ha incendiado el notable panorama de Pilghein, que representaba *Jerusalén y la crucifixión de Cristo.*

—En San Petersburgo se ha inaugurado una interesante Exposición, organizada por la Sra. Schabelski, que en su museo ha logrado reunir 5.000 ejemplares sumamente importantes para la historia de la civilización rusa, consistentes en prendas de vestir, utensilios domésticos, adornos, muestras de encajes, y bordados rusos y notables reproducciones de dibujos y pinturas de gran valía tomados de los principales archivos.

—En Ravena se proyecta la erección de un mausoleo dedicado á Dante, proponiéndose los iniciadores del pensamiento que á su realización contribuyan todos los países civilizados, rindiendo así un tributo al genio del gran poeta florentino que fué verdaderamente universal. S. S. el Papa León XIII ha ofrecido al comité 10.000 pesetas y facilitar además un gran retrato que se considera como la verdadera imagen del autor de *La Divina Comedia.*

—La Galería Nacional escocesa ha adquirido, en la subasta de las obras de arte que forman parte de la herencia de Wertheim, un cuadro de Rembrandt, *Retrato de una joven* (probablemente Enriqueta Stoffels), por el precio de 5.500 guineas (unas 140.000 pesetas), cantidad que para dicha adquisición ha puesto á la disposición del museo el miembro del Parlamento Mr. Mac Even.

—El compositor italiano Arrigo Boito ha sido nombrado por el gobierno de su país inspector general de la enseñanza técnica en los conservatorios y liceos de música del reino.

—En Estockolmo se fundará, bajo la dirección del cantante Elmbland, un teatro escandinavo de Ricardo Wagner.

—Actualmente se celebran en Londres tres exposiciones de bellas artes: la de la Real Academia, la de la Nueva Galería y la de la de la Asociación Real de Acuarelistas. En todas ellas figuran hermosas obras de los grandes maestros ingleses, cuyo análisis no nos es dado hacer, porque por ligero que fuese excedería con mucho de los límites que para esta sección tenemos trazados.

Lo propio debemos decir de las dos exposiciones que se han inaugurado recientemente en París, el Salón de los Campos Elíseos y el del Campo de Marte, cuyas principales obras publicaremos en este periódico.

—La Asociación de Acuarelistas alemanes de Munich ha celebrado una exposición en que el escaso número de obras está sobradamente compensado por la bondad de las mismas, entre las cuales sobresalen muy especialmente los magistrales paisajes y marinas holandesas de Bartel, las hermosas notas de color de Herrmann, los cuadros de género de Kampf, los maravillosos efectos de luz de Skarbina y los encantadores estudios de Fritz.

—El director de la exposición que se celebró en Dusseldorf en 1880 madura con gran empeño un proyecto que, según parece, no tardará en llevarse á cabo. Trátase de la construcción de un gran palacio destinado á exposiciones de bellas artes, donde puedan celebrarse éstas con carácter de internacionales, estableciéndose en tal caso un turno entre dicha ciudad, Munich y Berlín. El edificio serviría, en los dos años en que tales certámenes no se verificaran, para exposiciones de otro género; por ejemplo, de flores. Espérase poder inaugurar la primera exposición internacional de bellas artes, al par que una de industrias artísticas, en 1894.

—En Roma está llamando actualmente la atención una estatua de Apolo reconstruída con varios fragmentos hallados en el Tíber: la cabeza está conservada, en cambio falta el brazo izquierdo: y el conjunto de la figura, que algunos atribuyen á Fidias, ofrece no pocas bellezas, á pesar de los efectos del agua que en ella se notan.

—En el departamento del Nievre (Francia) se ha encontrado, en unas excavaciones, una figura de Venus rodeada de amorcillos; uno de éstos sostiene una cajita; otro ofrece á la diosa con una mano un vaso con ungüientos y con otra un palomo; un tercero, Eros, lleva un arco, y el último presenta á Venus un espejo. M. Blanchat, que ha descrito este grupo en la *Academie des inscriptions*, lo compara con otros que representan también el tocado de Venus y sostiene que artísticamente es mucho más importante que cuantos hasta ahora se conocían.

—Actualmente se están celebrando en Turín dos exposiciones de Bellas Artes que comprenden obras de artistas italianos, y especialmente piamonteses, que han florecido en estos últimos cincuenta años. Hay en la parte retrospectiva hermosos lienzos de Gastaldi, Azeglio, Gonin, Gamba, Pastoris, Bonatto Minella, Balduino, Carlino, etc. En punto á arte moderno figuran 316 expositores, de ellos 25 del bello sexo: entre los principales cuadros merecen especial mención los de Cosola, Moretti, Carpanetto, Reycend, Merlo, Busolino, Viani, Beri, Gilardi, Arbarello, Buscaglione, Bellani, Ricci, Bignami, Faldi, Dellcani, Dall'Oca Bianca, Segantini, Cavalleri, Esposito, Caprile, Buono y otros muchos.

Durante las exposiciones se celebrará el sexto Congreso artístico nacional, en el que se discutirán cuestiones de gran oportunidad é importancia para el arte.

—En Viena se ha inaugurado recientemente un monumento dedicado al general Radetzky, el célebre vencedor en la batalla de Custozza que puso fin á la memorable campaña de Italia de 1848 y 1849. El monumento representa al general á caballo y con el brazo extendido como dando una orden de combate: los hermosos relives del zócalo simbolizan Radetzky como padre del soldado y como caudillo: en la cara principal está el águila austriaca con una bellísima inscripción de Grillparzer; en la posterior se lee: «Juan José, conde Radetzky, Mariscal del Imperio. Nació en 2 de noviembre de 1766. Murió en 5 de enero de 1858» El monumento es obra del famoso escultor Zambusch y viene á aumentar el largo catálogo de hermosas creaciones de este artista.

—Varios artistas, socios del Gimnasio Catalán, que bajo la iniciativa y dirección de D. Pedro Romeu ha logrado constituir un centro completo de *sport*, han organizado una interesante exposición en el gran salón de armas de aquel gran establecimiento. En él figuran un retrato y un estudio de un caballo, obra del excelente pintor de D. Ramón Casas; dos grandes lienzos del Sr. Utrillo, cinco recomendables acuarelas de D. José Moragas, así como otros cuadros de los Sres. Escuder, Casas de V., Anglada, etc., etc., y una inmensa colección de fotografías del Sr. Montejo. El salón hállase elegantemente adornado con tapices, plantas y trofeos formados por elementos del *sport*, tales como armas, bicicletas, patines, etc., etc., y las demás dependencias, incluso el gran salón, la pista, etc., con grupos de banderas, tapices, plantas y flores.

Galantemente invitados, concurrimos á la fiesta que se celebró en la noche del 16 del actual, con motivo del barnizaje, guardando grato recuerdo de la velada por la consideración que recibimos, tanto del director Sr. Romeu, como de todos los señores socios.

Teatros.—En el Palacio de Cristal de Londres se ha estrenado una ópera en cinco actos, letra y música del compositor inglés Jorge Fox, titulada *Nydia*: el argumento está tomado de la novela de Bulwer Lytton *El último día de Pompeya*, y tiene por lo tanto gran parecido con el de la ópera *Jone*; la música, escrita en estilo de gran ópera, demuestra la influencia que en su autor han ejercido las obras de Gounod y de Verdi, sobresaliendo en ella un dúo y varios bailables. En conjunto, sin embargo, *Nydia* resulta inferior á *Roberto Macaire* y *Los hermanos Corsican*, del mismo compositor.

—En el teatro Folies Dramatiques, de París, se ha estrenado con buen éxito una opereta en cuatro actos, titulada *Los veintiocho días de Clarita*, letra de H. Raymont y A. Mars y música de Víctor Roger. Los libretistas han dado con un argumento ingenioso, desarrollándolo en escenas de verdadera vis cómica; el compositor ha escrito una partitura inspirada, alegre muy apropiada á las situaciones del libreto.

—El duque Ernesto de Sajonia Coburgo Gotha ha querido solemnizar sus bodas de oro poniendo en escena en el teatro de la Ciudad, de Leipzig, una ópera suya, titulada *Casilda*. El periódico alemán de donde tomamos la noticia dice que la obra ha sido muy bien presentada y perfectamente ejecutada; en cuanto á la música ni siquiera habla de ella, lo cual indica que debe valer muy poco.

—En el teatro Thomas, de Berlín, se ha estrenado con excelente éxito una opereta titulada *Los uhlanos*, letra de Wittmann y música de Weinberger.

Madrid: En el teatro Español se ha estrenado con gran éxito un drama de D. Jacobo Sales y D. Félix González Llanas, titulado *El día memorable:* el argumento está tomado en el fondo de la obra de Sardou *Patrie*, aunque muy variado en cuanto á la época, personajes y tendencias de la obra se refiere, hasta el punto de que una producción en que salen muy malparados los españoles que con el duque de Alba guerrearon y gobernaron en Flandes, se ha convertido en un drama patriótico de nuestra guerra de la Independencia, de acción interesante y conmovedora, con situaciones de efecto decisivo en algunos actos.—El drama de D. Federico Urrecha, que con el título de *Tormento* se ha estrenado en el teatro de la Princesa, ha obtenido también buen éxito, pues aunque algo convencional en su desenvolvimiento, demuestra en algunos trozos gran inspiración en su autor, que en las escenas culminantes ha sabido herir al alma, como vulgarmente se dice.

Barcelona: Ha comenzado con buen pie la compañía que dirige el simpático actor D. Julián Romea, y de la que forman parte las aplaudidas actrices señoras Górriz y Romero. En breve empezarán á funcionar las compañías de D. Emilio Mario en Novedades, y de la Sra. Tubau en el teatro Lírico.

—El éxito obtenido por la ópera del maestro Bretón *Garín*, estrenada en el teatro del Liceo, ha sido inmenso, tan inmenso como merecido. Imposible en esta sección hacer un detenido examen de la última obra del autor de *Los amantes de Teruel*, que revela un gran progreso sobre ésta: sólo diremos que abundan en la misma las melodías espontáneas, inspiradísimas, aunque completamente apartadas de la antigua escuela melódica por excelencia, la italiana; pero lo más notable de la ópera es indudablemente la instrumentación, en la que se admiran todas las maravillas, todos los prodigios de la escuela moderna. Entre las piezas sobresalientes mencionaremos: un coro de mujeres, una balada de soprano y un dúo de soprano y contralto, en el primer acto; la invocación para tenor, el aria de barítono y el gran concertante, del segundo; el aria de contralto, el dúo de soprano y tenor y la tempestad, del tercero; y el coro de introducción, la *rondalla*, la *sardana*, el himno de bajo, el racconto de tenor y el terceto final acompañado de un coro religioso, del cuarto y último. En suma, *Garín* es ópera que puede calificarse de primer orden, y el triunfo del maestro español Sr. Bretón ha sido tan grande, como pocos se han presenciado en nuestro primer coliseo lírico.

En el teatro de Novedades se ha estrenado una nueva producción del fecundo poeta D. Angel Guimerá: una tragedia en tres actos, titulada *L' ánima morta*. Siendo de quien es, inútil nos parece decir que la obra, basada en un argumento interesante, contiene bellezas sin cuento, á manos llenas prodigadas por el inspirado autor de *Mar y cel*, *Judith de Welp* y tantas obras maestras de la literatura catalana, bellezas no sólo expresadas en pensamientos grandes, profundos, dignos de los primeros trágicos que en el mundo han brillado, sino también revestidos de una forma poética de primera fuerza. El éxito de *L' ánima morta* ha sido entusiasta y ha venido á añadir una nueva y valiosísima hoja á la corona de laureles que ciñe la frente del que figura entre nuestros primeros poetas regionalistas.

Necrología.—Han fallecido recientemente:

Juan Zuliani, pintor italiano, autor de notables cuadros de género, algunos de los cuales, *Richelieu y los cómicos*, *Estudios venecianos* y *Un matrimonio diplomático*, fueron reproducidos en los célebres álbums de Goupil.

Lord Bramwell, el más antiguo y uno de los más sabios consejeros de la Cámara de los Lores, magistrado recto y conocedor como pocos de la legislación inglesa y distinguido economista.

Ernesto Giraud, notable músico francés aunque de origen norteamericano, secretario del Conservatorio de París, autor de varias operetas, entre ellas *Sylvia*, *El Kobol*, *Piccolino* y *Aventura galante*, representadas en la Opera Cómica; de un delicioso baile *Gretna Green*, que se representó en la Opera, y varias piezas de concierto, entre ellas el famoso *Carnaval*.

Alfredo Grevin, el eminente dibujante francés, cuyos dibujos, en su mayoría caricaturescos, tanto llamaron la atención en el *Charivari*, el *Journal Amusant* y el *Petit Journal pour rire*, de los que era colaborador asiduo. Distinguióse también como dibujante de figurines para teatro, y su nombre unido al famoso museo de figuras de cera de París evocará siempre el recuerdo de un arte delicado y modernista.

Augusto Guillermo Hofmann, profesor de química de la Universidad de Berlín, miembro de la Real Academia de Ciencias, fundador de la Sociedad química alemana, uno de los primeros químicos modernos cuyos descubrimientos sobre el amoníaco, la anilina y la fuchsina tanto han contribuído al progreso de las industrias tintóreas.

Eduardo Augusto Regel, miembro del Consejo imperial ruso, director del Jardín Botánico de San Petersburgo, botánico notable y autor de interesantes obras sobre el cultivo de jardines y árboles frutales.

Guillermo Rust, célebre organista alemán, profesor del Conservatorio de Leipzig, distinguido compositor, especialmente de música religiosa.

NUESTROS GRABADOS

La Electricidad, estatua policromada de Roberto Zeiler.—La estatuaria alegórica ha ofrecido siempre grandes dificultades á los artistas, porque siendo abstracta la idea por la misma representada, preséntanse tantas maneras de expresarla cuantos son los modos individuales de imaginarla ó de sentirla. Algunas estatuas alegóricas hay, sin embargo, en las que la aplicación de elementos, accesorios desde el punto de vista artístico, pero perfectamente representativos de la idea que se trata de materializar, facilitan la tarea del escultor; mas en tal caso se corre el riesgo de que lo que se concibió como manifestación del arte puro, resulte producto de carácter marcadamente industrial. Emplear aquellos elementos y evitar este escollo es obra reservada al artista de veras que, como el escultor alemán, en la figura que reproducimos ha sabido armonizar la belleza artística con la expresión exacta é inconfundible.

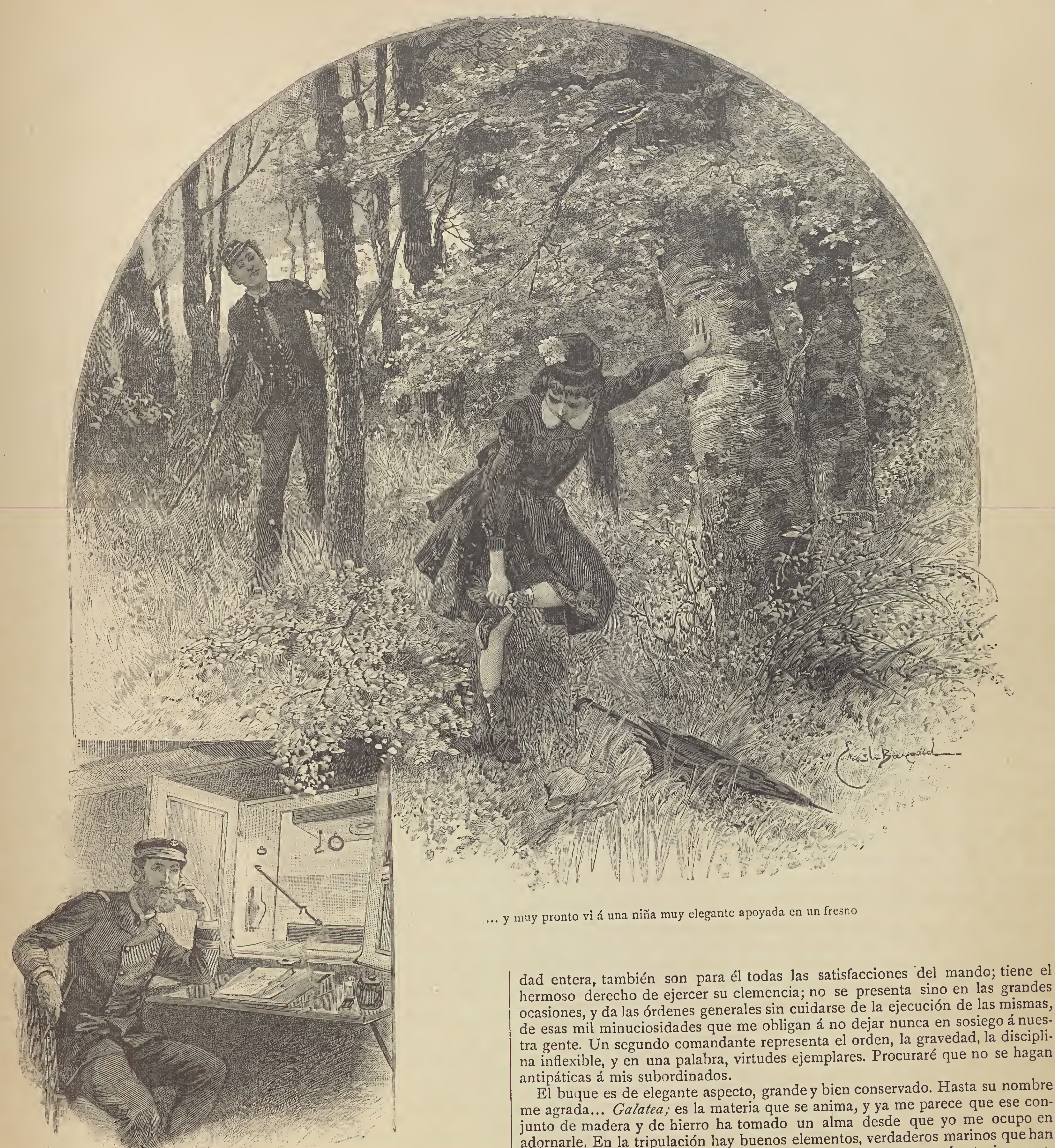
El pintor de Flora, cuadro de F. Vinea.—La firma del notable pintor cuyo cuadro hoy reproducimos no es desconocida para los antiguos suscriptores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, que hace algunos años pudieron admirar en nuestras páginas algunos de sus hermosos lienzos, tales como *La Visita á los abuelos*, *C' intendiamo*, *El capitán Molena* y otros, en todos los cuales, como en el que hoy publicamos, resplandecen relevantes cualidades de composición, dibujo y color, realzadas por una delicadeza y una elegancia merecedoras del mayor encomio.

Huída de Napoleón después de Waterloo, cuadro de Andrés Gow.—La derrota de Waterloo es uno de los episodios históricos que ofrecen más interesante asunto al artista; el vencedor en cien campañas al perder aquella batalla hubo de sentir hundirse bajo sus plantas el edificio de aquel imperio á costa de tanta sangre y merced á tantas victorias fundado. El célebre pintor inglés Mr. Gow ha huído de los moldes generalmente adoptados por los que tal desastre han pintado; no se advierten en su cuadro los horrores de tamaña catástrofe; la huída del emperador, aparentemente, es una retirada ordenada; pero hay tal fuerza dramática en el conjunto del grupo, revelan tanta desesperación aquellas figuras de los vencidos, dibújase tanto sufrimiento moral en el semblante y en la actitud del emperador, que sin necesidad de más elementos, y aun los que no conozcan el asunto, no podrían menos de adivinar que se trata de un suceso decisivo en la vida de un grande hombre y de capital trascendencia para la historia de un gran pueblo.

En el harén, cuadro de D. José Gallegos.—Al hablar recientemente de los cuadros *En el coro* y *Una procesión en Venecia*, que publicamos en nuestros números 527 y 533, tributamos á este notable pintor español los elogios que á su talento artístico son debidos: entonces señalamos la tendencia del Sr. Gallegos á seguir las huellas del malogrado Fortuny, tendencia que le había hecho encariñarse con los asuntos orientales, por los que tanta predilección sentía el nunca bastante llorado pintor reusense. *En el harén* es la mejor demostración de la exactitud de nuestras palabras de entonces, pues á poco que se mire con atención ese lienzo, se descubrirán en él bellezas de dibujo y composición que no hubiera desdeñado el gran maestro, para quien el asunto por Gallegos tratado habría tenido todos los encantos que en las escenas de la vida de Oriente había encontrado y admirado siempre. El cuadro de que nos ocupamos tiene, además de las excelencias señaladas, que nuestro grabado permite apreciar debidamente, otra que es imposible de reproducir: el colorido brillante, armónico, justo, con que el artista ha sabido presentar los hermosos tipos de las figuras, los tonos vivos de las telas y los característicos adornos arquitectónicos que con una porción de elegantes detalles completan la belleza del conjunto.

La eminente actriz Eleonora Duse.—Cuando los amantes del verdadero arte de esta ciudad deleitábanse anticipadamente con la anunciada venida de la Duse, hemos leído con profunda pena en algunos diarios una noticia que quiera Dios sea desmentida ó cuando menos atenuada: la de que la artista sin par abandona la escena en que tantos triunfos ha alcanzado y se retira á Venecia para atender á su salud gravemente quebrantada.

En dos distintas ocasiones se ha ocupado ya LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA de Eleonora Duse, y por tanto no hemos de volver ahora á repetir lo que entonces se consignó en nuestras columnas. Sólo diremos que su última campaña ha sido indudablemente la más gloriosa, no por el número de sus triunfos, sino por el carácter del público que se los ha otorgado. La capital de Austria, en donde últimamente ha representado, es tenida, con razón, por una de las que más difícilmente demuestran su admiración á los artistas dramáticos extranjeros. Pues bien: la Duse ha obtenido allí una serie de ovaciones como no se recuerdan otras análogas en aquellos teatros, y el entusiasmo que el público ha despertado ha sido muy superior al que lograron despertar Rossi, Salvini y la misma Sara Bernhardt, con todo y ser éstos los que más aplausos consiguieron en Viena.



... y muy pronto vi á una niña muy elegante apoyada en un fresno

EL FONDO DE UN CORAZÓN

POR MARCO DE CHANDPLAIX. – ILUSTRACIONES DE EMILIO BAYARD

Agosto, 25, 1881.—«*Galatea*,» *en el mar.*

La *Galatea*, corbeta de vela y vapor, al mando del capitán de fragata Duplessis, sale hoy del puerto de Tolón con rumbo á Túnez; pero no permanecerá allí largo tiempo, pues debe encargarse de una misión en lejano país. Ignoro dónde; tal vez sea al Océano Indico, donde no se ha resuelto aún la cuestión malgache, ó bien á las Nuevas Hébridas, ó al Polo Norte... á menos que no sea al del Sud. Las órdenes se cambian tan á menudo, que los marinos no saben nunca adónde van; pero no importa; el comandante es un hombre leal y bueno, á quien conozco hace largo tiempo, y los demás oficiales me parecen alegres y agradables compañeros, á la par que personas de buen tacto. Estoy seguro de que con tal gente no serán muy penosas mis duras funciones de segundo comandante. Si sobre nuestro jefe pesan todos los graves cuidados de la responsabilidad entera, también son para él todas las satisfacciones del mando; tiene el hermoso derecho de ejercer su clemencia; no se presenta sino en las grandes ocasiones, y da las órdenes generales sin cuidarse de la ejecución de las mismas, de esas mil minuciosidades que me obligan á no dejar nunca en sosiego á nuestra gente. Un segundo comandante representa el orden, la gravedad, la disciplina inflexible, y en una palabra, virtudes ejemplares. Procuraré que no se hagan antipáticas á mis subordinados.

El buque es de elegante aspecto, grande y bien conservado. Hasta su nombre me agrada... *Galatea;* es la materia que se anima, y ya me parece que ese conjunto de madera y de hierro ha tomado un alma desde que yo me ocupo en adornarle. En la tripulación hay buenos elementos, verdaderos marinos que han navegado ya, hombres animosos, de carácter infantil, dispuestos á entusiasmarse; y si es verdad que se necesita el entusiasmo en todas las cosas, nuestra carrera es la que le requiere sobre todas, porque sin él no se hace nada.

Hasta mi camarote, que vosotros, parisienses, no querríais seguramente para gabinete tocador, me parece sumamente cómodo; tiene un escritorio separado de la cámara y dos ventanas abiertas, por donde se ven los grandes horizontes del mar.

En este estrecho recinto debo pasar dos años, codeándome diariamente con los demás. Lo esencial es encontrarse bien allí donde uno está. En cuanto á mí, atendidas las funciones que desempeño, apenas me será permitido salir del buque, de modo que los países que visitaremos no tendrán más importancia para mí que la que tiene un marco para un cuadro. Vayamos á cualquier parte con tal que cambiemos á menudo de localidad. Creo que la campaña no me desagradará, gracias al entusiasmo y á la filosofía con que la emprendo. Ya desaparece Farón; Tolón se desvanece también. ¡Adiós, Farón!... ¡Y Sicie, y las montañas de Sainte Baume, y el Esterd!... ¡Hasta la vista, Francia!

***

Cada vez que he comenzado una nueva campaña he abierto un gran cuaderno como éste, inscribiendo en la primera página el nombre del buque donde acababa de embarcarme y la fecha de mi salida de Francia, y he tenido intención de anotar todas las noches mis impresiones de viaje; pero generalmente me he quedado con la intención ó poco menos, y al cabo de dos años he vuelto con un cuaderno indudablemente más virgen que todos los países que he recorrido

¿Qué países no han sido visitados? ¿Qué ha quedado sin describir? Y después de todo, ¿cuál es el lugar que vale la pena de ausentarse largo tiempo y el trabajo que costaría describirlo?

Con frecuencia, hallándome en París, me vi apurado para contestar cuando me decían: «Usted que ha viajado tanto, ¿qué sitio le ha parecido más hermoso?» Yo quería ser imparcial; reflexionaba, buscaba, y según la impresión del momento respondía unas veces: Río, otras Taiti, otras el Japón; mas al expresarme así no hablaba con sinceridad.

Recuerdo haber oído á uno de mis amigos sostener que Puerto Said era la ciudad más hermosa del mundo, y acto continuo hizo la descripción más pintoresca, más seductora y sobre todo más entusiasta de ese pobre desierto arenoso, que es realmente el lugar más feo que he conocido. La verdad es que llegaba de allí, que había vivido en aquel punto seis meses, que era joven y que allí se había enamorado.

Mi amigo era franco.

Seguramente no hay más que un país, por feo y lejano que parezca á todos los ojos, que sea verdaderamente seductor y que invite á visitarle cuanto antes á pesar de todos los peligros: es aquel en que se ama y se es amado.

Pues entonces, ¿por qué se le abandonó?

¿Por qué Virginia hubo de separarse de Pablo?

Ya lo sabemos. Porque la gente más esclava es la más civilizada. No nos pertenecemos. Desde nuestro nacimiento, siguiendo el rumbo en que se nos lanzó, nos convertimos en esclavos de una secta á la cual obedecemos más servilmente que un jesuíta á su general. Regula nuestras costumbres y maneras, nuestros actos, nuestros sentimientos mismos y apodérase del corazón y del cerebro. En medio de los demás adeptos estamos como entre una confusa multitud, oprimidos por delante, empujados por detrás; y de este modo es preciso avanzar. Si uno se resiste ó quiere huir, como lo hicieron las madres de Pablo y de Virginia, una palabra tiránica nos hace volver y nos retiene. ¡Es preciso! ¡La costumbre, la consideración, el porvenir, el deber mismo, al que se aplican tantos sentidos contrarios!

Y el hombre se somete, lacera su corazón, rompe con sus afectos más queridos, quema lo que adora, aléjase, va y viene, pasa y muere al fin. Se ha sufrido.

En cuanto á mí, cierto día penetré en ese país donde se ama, y donde tal vez hubiera podido amar siempre; pero fuí expulsado de allí, por culpa mía sin duda, más bien que por las circunstancias. Después no pude encontrar en ninguna parte un lugar análogo, lo cual explica mejor que todas las razones el motivo de haber quedado mis cuadernos vírgenes, porque no volví á sentir esas impresiones tan dulces y tumultuosas que llenan el corazón, que le hacen desbordarse, y se transmiten á una blanca hoja de papel, muda confidente que consuela y no hace nunca traición...

Era en Francia, en Versailles, hace largo tiempo,... tanto, que me parece un sueño; y si mis cuadernos están casi en blanco, entre ellos hay otro más pequeño, ¡pero tan lleno!...

¡Pobre cuaderno de los veinticinco años! ¡Queridos garabatos que yo creía borrados para siempre, y que la carta de mi hermana, recibida ayer, ha hecho revivir á mis ojos con toda su frescura! Vuestra lectura me ha hecho daño, á la vez que bien; porque un corazón que vibra, aunque dolorosamente, vale más que un corazón seco, y yo casi había llegado á creer que el mío no latiría más al evocar tan puros recuerdos, después de haberlos profanado con tantas borrascosas aventuras de amor. Sí: el aislamiento, la tristeza; he aquí lo que convierte en amarga alegría el fastidio de escribir, y he aquí por qué he venido maquinalmente á sentarme ante esta mesita de mi camarote, tan vacía y al propio tiempo tan llena: He vuelto á leer esa carta de Juana, mi hermana, en la que con tantas precauciones me anuncia que el matrimonio de Magdalena está definitivamente acordado... Después he reflexionado largamente y me he interrogado queriendo saber si experimentaba una alegría ó un pesar. ¡Qué desorden en mis ideas! ¡Ay de mí, cuántos remordimientos, cuánto amor todavía! Al cabo de tantos años, ¿me crees tan ridículo, hermana mía, que hayas juzgado necesario anunciarme esa noticia con tantas precauciones? Los celos, sobre todo, creo que sí; creo que son los celos bestiales al pensar que otro... ¡Ay!... Será una mezcla de despecho, de amor propio resentido, todo un caos, en el que he resuelto poner orden.

Hace tres meses ya, desde que estoy en medio de mis compañeros más jóvenes, que he descubierto una cosa. ¡He envejecido! Mi pobre abuela se reiría seguramente mucho si me oyese decir esto; ella, que llamaba joven á toda mujer que no hubiese cumplido los setenta años; y yo mismo me sonrío al escribirlo. Pero todo se aprende por la comparación, y más de una vez comprendí que daba una nota falsa en medio de las ruidosas alegrías y de los irreflexivos arrebatos de mis jóvenes amigos. Todas sus simpatías son para mí, y pienso conservarlas siempre mientras sea reservado con ellos. Seguramente no les daré á conocer jamás las dolorosas convulsiones del corazón de un segundo comandante, pues la primera cosa que nos enseña la vida en común es que cada cual debe guardar para sí sus propias tristezas.

Mis compañeros tendrán toda mi indulgencia para las suyas, todas mis sonrisas para sus regocijos; pero ¿quién es el que no tiene sus momentos de hastío y de melancolía? ¡Pues bien: tú, diario mío, serás el amigo de los días tristes; yo vendré para hablar contigo en las horas de inquietud, te lo explicaré todo, buscaremos juntos, y será necesario que encontremos el microbio! Entonces, si es peligroso le aplastaremos entre las hojas, ó nos reiremos si es inofensivo. . . .

. . . .

***

Para comenzar, y puesto que el pasado está muerto, desarrollémosle ante nosotros, y á fin de conocerle mejor, introduzcamos en él nuestro escalpelo, como el médico que busca las causas de un mal. Las páginas escritas á los veinticinco años están llenas de pasión; servirán solamente de testigos, recordándome los detalles, aumentados entonces y que hoy reduzco á sus verdaderas dimensiones. Para que una historia sea imparcial es preciso haberla vivido y no vivirla ya; y por otra parte, no me faltan ratos de ocio, puesto que permanecemos anclados en esta rada, esperando á que se renueven las hostilidades, lo cual no sucederá seguramente. El bombardeo de Sfax ha sido una lección suficiente; la revuelta queda sofocada para siempre, y nuestras funciones se asemejan bastante á la melancólica guardia del bombero que permanece junto á un fuego apagado. De esperar es que no nos olviden demasiado tiempo.

Entretanto ¿qué hacer durante la noche después de los ejercicios y trabajos á bordo, cuando en el umbral de la alcoba se dejan los cuidados de la profesión? La tierra está lejos, y es una molestia desembarcar; mis compañeros van y vienen y alguna vez los acompaño. Las estrechas callejuelas de Túnez; las salas ahumadas, donde á la luz de las antorchas bailan las judías lascivamente, luciendo sus trajes de lentejuelas; los ruidosos cafés-conciertos, donde las italianas apuran sus vasos de cerveza, prodigando sus sonrisas, no tienen ya para mí grandes misterios ni atractivos. Permaneceré á bordo, como esta noche, y escribiré para distraerme, mientras otros juegan, dibujan, pescan ó cazan. Como el presente es monótono, viviré en el pasado, poblando mi soledad de seres que conozco, siempre queridos, y tal vez realizaré así el deseo del sabio: «conocerse á sí mismo.»

***

Septiembre, 1881. – *La Goleta*

Mis primeros recuerdos que se refieren á Magdalena se remontan al año 1868; entonces contaba yo diez y seis años y ella iba á cumplir nueve. Nuestras dos casas estaban próximas, pero Magdalena era demasiado niña para que un colegial tan crecido como yo se dignase fijar sus miradas en ella. Sin embargo, esa niña fué la que decidió mi vocación de marino, pues si no la hubiese encontrado cierto jueves en los bosques de Trianón, sola y llorando, en vez de hallarme hoy en Túnez á bordo de un buque, sin duda estaría sentado en un sillón de cuero en el tranquilo estudio de escribano en que mi padre terminó su vida. Todo se enlaza, todo se encadena; nuestros menores actos, una palabra, un ademán, pueden influir en nuestro destino y hasta en el de las personas que no conocemos. Así, por ejemplo, yo no hubiera conocido tal vez á Magdalena jamás si aquel día no hubiese sabido perfectamente mis lecciones, pues mi padre, que no transigió nunca en este punto, me habría ordenado con un tono de esos que no admiten réplica que las estudiara de nuevo.

Mi padre era un hombre excelente, leal, honrado y bueno, á quien no conocí bien hasta que ya era demasiado tarde; pero tal vez á causa de su profesión tenía una manera fría y seca de hablar, con ciertos arrebatos que me aterraban, á la vez que cierta expresión algo triste que me infundía respeto. Mientras fuí niño, temblé ante él; una vez hombre, jamás se me ocurrió resistirle, ni aun contradecirle. Mi madre, por el contrario, dulce y tímida, se apoderó muy pronto de mi voluntad por muy distintos efectos: en las menores discusiones contestaba con lágrimas y resignadas quejas, á veces mordaces y más ofensivas que las injurias; y aunque no tuviese energía para la lucha abierta, por lo regular alcanzaba la victoria. Mi querida madre decía con tal expresión «Haz lo que quieras» y suspiraba tan hondamente, que se acababa por acceder á su deseo.

– Yo te ruego, decíale mi padre, á quien dolía mostrarse cruel, porque era muy afectuoso, yo te ruego que enjugues tus lágrimas para que hablemos y nos entendamos... Pero ella, que no se calmaba con esto, estrechábame en sus brazos, cuando era niño, y por toda contestación murmuraba con voz triste:

– Tú, Pedro mío, no me harás verter lágrimas más tarde.

¡Oh! Seguramente que no; así lo prometía yo siempre, porque había visto correr demasiadas, sin poder explicarme si eran ó no legítimas.

Pero aquel jueves todo el mundo estaba contento en nuestra modesta casa de la calle de la Parroquia. ¿Era efecto del tiempo? Acabábamos de salir del invierno, de la lluvia y del frío, y abril brillaba con toda su lozanía primaveral. Hacía cinco días que veíamos un sol magnífico; los árboles tenían ya todas sus hojas, esas hojitas amarillentas, verdes y graciosas; los prados se esmaltaban con hermosas flores; las golondrinas cruzaban los aires con la rapidez de un cohete, y oíase el canto de las avecillas alrededor del estanque de Neptuno, que yo veía desde mi ventana abierta. Aunque mi alma no era muy dada á la poesía, sentíame feliz con vivir, tal vez porque experimentaba los efectos de esas causas; pero más bien porque era jueves, porque no había ido al Liceo y porque había concluído mi trabajo, y mi padre, después de haberle examinado, me daba una palmada en el hombro y me decía amistosamente:

– Está bien, hijo mío, muy bien. Son las cuatro, hace buen tiempo y podrás pasear un poco.

– Y sobre todo no vuelvas tarde, añadía mi madre, no vayas á resfriarte, ni nos des motivo alguno de queja...

Mientras así hablaba mi madre, ya estaba yo bajando las escaleras á escape: tenía prisa por llegar á la Plaza de Armas, donde esperaba ver á los coraceros haciendo el ejercicio. Mis aficiones eran todavía las de un niño; por esto gustábanme siempre los soldados, y sobre todo los coraceros por su casco y su caballo.

¡Y pensar que estaba condenado á ser escribano, á vestir de negro, con corbata blanca, y tal vez á usar anteojos!

Mis paseos por delante del cuartel eran tan frecuentes que había llegado á conocer á la mayor parte de los subalternos, á algunos oficiales, y sobre todo al apuesto coronel, muy aristocrático, con su sonrisa altanera, su caballo gris y su monóculo.

¡Pobre coronel, pobres coraceros, amigos de mi infancia, vosotros en quienes tantas veces soñé! ¿Quién me hubiera dicho entonces que dos años más tarde, tan hermosos, tan bravos, tan llenos de esperanza y vida, iríais á dejaros matar heroicamente en la frontera, y que seríamos vencidos á pesar de tanta abnegación?

Mi padre debía haberse equivocado al decir que eran las cuatro, pues en aquella época del año el ejercicio duraba hasta las cinco, y ya no había ni un soldado en la Plaza de Armas. El ayudante de servicio estaba solo en la puerta del cuartel, y delante paseábase el centinela lentamente.

– Dispense usted, mi ayudante, dije, llevando militarmente la mano á mi kepis. ¿No hay ejercicio hoy?

El ayudante, un mocetón rubio con bigote de cosaco, sonrió al ver mi aspecto marcial y contestóme:

– No, amiguito mío; hoy hay paseo militar.

– ¿Con música?

– Sí, con música... No tardarán en volver, añadió, sacando su reloj, y pasarán por el camino de ronda y la Avenida de San Antonio.

– ¿Tiene usted la bondad de decirme á qué hora han de venir?

– A las cinco.

– ¿Y ahora son...?

– Las cuatro y cuarto escasamente.

– Bien; tengo tiempo de alcanzarlos. Muchas gracias.

Y saludando tan militarmente como la primera vez, me dirigí hacia la verja del castillo. Mi plan estaba ya trazado: cruzando por el parque, y siguiendo después la Avenida de Noisy, llegaría más pronto al camino de ronda que si pasara por la Avenida de San Antonio, y vería durante más tiempo y más pronto á mis magníficos coraceros. Forzosamente había de encontrarlos, y de todos modos, su música me indicaría por dónde iban. Por precaución, sin embargo, andaba de prisa á través de las pequeñas veredas, cuyos zigzags me eran bien conocidos, y llegué muy pronto al caminal, el primer mar que yo he visto en mi vida. Una vez allí, internándome por la Avenida de Noisy, no tardé en hallarme en el gran Trianón; y sintiéndome algo cansado, me detuve.

Pero ya estaba en el centro de la posición, y como no oía ningún ruido á mi derecha, comprendí que el regimiento no había pasado todavía.

¿Ningún ruido? Digo mal; percibí un rumor, pero muy ligero, como el producido por quejas, llanto y sollozos de niño... A mi alrededor no había nadie; delante extendíase una valla de ojiacantos, cuyos botones blancos y sonrosados comenzaban á entreabrirse: de allí, del otro lado de la valla, procedía el ruido... ¿Qué podría ser? Avanzando resueltamente, salté por la espesura con peligro de rasgar mi pantalón de uniforme casi nuevo, y como viese ante mí una zanja, la franqueé victoriosamente de un salto... Entonces el rumor se hizo más marcado; oí realmente sollozos, como los de un niño que ha llorado largo tiempo; guiado por ellos, me adelanté poco á poco en medio de los árboles, algo conmovido, y muy pronto vi á una niña muy elegante, apoyada en un fresno. Sin duda era una de las concurrentes habituales á las alamedas del Mediodía, donde se juegan todos los jueves las desenfrenadas partidas de volante. Muy afanosa, con la cabeza baja y la pierna doblada sobre una rodilla, la niña limpiaba con puñados de hierba sus pequeños botitos, cuyo lustre desaparecía completamente bajo una espesa capa de cieno; sus medias negras, su falda y hasta su cinturón de seda presentaban grandes manchas amarillentas frescas aún. Al pie del árbol estaban los guantes, un pañuelo y una sombrilla, manchada también hasta el puño.

La niña levantó la cabeza; sus ojos estaban llenos de lágrimas, y por momentos un sollozo se elevaba desde su pecho, haciendo mover su cabeza inteligente, sobre la cual tenía echada hacia atrás una pequeña toca de plumas...

Apenas me vió, dejó sus hierbas y dirigióse corriendo hacia mí, sonriendo y casi consolada.

¡Pobre Magdalena! Inundado de lágrimas vi por primera tu rostro, en un día de primavera, como una flor bañada por el rocío; pero en aquella ocasión por lo menos, pude enjugar tu llanto. Recuerdo que tu estado me produjo vivo deseo de soltar la risa, y á duras penas la contuve; mas al verte tan afligida, dije con aire compasivo:

– ¿Qué le ha sucedido á usted, señorita? Supongo que al menos no se habrá hecho daño.

Entonces, enjugando sus últimas lágrimas y más animosa ante su inesperado protector, la pobre niña me dijo que se llamaba Magdalena, Magdalena de Nessey; que vivía con sus padres en la calle de los Depósitos, á la esquina de la Parroquia, y que allí era adonde había que llevarla cuanto antes. Aquel día, como hacía muy buen tiempo, había salido con miss Betsy, su institutriz, para ir á ver los coches, las grandes carrozas doradas, los trenes... Después, miss Betsy encontró algunos compatriotas, y entonces Magdalena, que no se divertía mucho en aquella compañía, habiendo visto una puertecita que conducía á un parque grande, muy grande, en el que nunca había estado, entró en él. Más triste que el de Versailles, pero más agreste y hermoso, estaba lleno de veredas que se cruzaban en todos sentidos... como el de Nueva Orleans, ciudad en donde había nacido su madre... Allí se extravió... mas al principio no tuvo miedo, porque siempre esperaba encontrar á alguien, y además pensaba que miss Betsy iría en su busca... Pero no... no vió á nadie, y entonces avanzó en línea recta, dirigióse después por la izquierda, retrocedió, y al fin aturdióse un poco al ver que el sol declinaba en el horizonte... Por último, llegada ante aquella zanja, y viendo en medio de los árboles más claros el canal que tan bien conocía, quiso saltar y... ¡cataplum!... resbalóse un pie y fué á parar al cieno, dándose por muy contenta aún de que le fuera posible volver á subir, gracias á la sombrilla... ¡Pero en qué estado, Dios mío!

¿Y qué hacer ahora? Si al menos pudiese encontrar á miss Betsy... ¿Y qué diría mamá, y sobre todo papá?

Magdalena había comenzado á sollozar de nuevo.

– No llore usted, le dije con tono de autoridad, lisonjeado por haber encontrado alguien á quien otorgar mi protección. No hay que desconsolarse por tan poca cosa. Ahora encontraremos á miss Betsy; el paseo de coches está á dos pasos.

– Pero ¿y si miss Betsy ya no está?... Supongo que me llevará usted á casa de mis padres.

– Ciertamente que no la dejaré aquí. Vamos.

– Espere usted, dijo la niña con gravedad, espere á que me arregle un poco. ¡Ya ve como estoy!

Cerca de allí corría un arroyo, y en sus aguas se lavó Magdalena las manos; después se arregló el cinturón que yo había limpiado cuidadosamente con mi pañuelo, ahuecó su falda, ajustó su toquilla, echó atrás su largo cabello, enjugó sus ojos por última vez y miróme sonriendo.

Las niñas maravillan en todas partes; pero sobre todo en París. Con frecuencia, en los Campos Elíseos ó en las Tullerías, me entretuve en escuchar sus graves conversaciones, en observarlas cuando jugaban y en examinar su gracioso aspecto de mujercitas. A decir verdad, de los ocho á los nueve años son ya mujeres, pequeñas mujeres, como dice Alfonso Karr, á quienes sólo falta crecer.

– Vamos, ¿viene usted?, pregunté con cierto enojo, aunque no mucho, por no haber podido ver á los coraceros, cuya música se oía á lo lejos. ¿Viene usted? Es preciso despachar pronto, porque el Museo se cierra á las cinco.

Miss Betsy no estaba en el Museo, como creíamos, y en su consecuencia, encaminándome por la Avenida de Trianón, me dirigí en línea recta hacia la calle de los Depósitos.

En el camino, mi compañera, muy confiada y con ese aplomo que el trato de la sociedad comunica aun á las niñas, me refirió que tenía tres hermanas, dos menores que ella, una mayor y además un hermano; que su padre era antiguo oficial de marina; que tenía una habitación muy grande, llena de objetos procedentes del país de los salvajes; que todo aquello era muy curioso, y que me lo enseñaría.

– Debe ser muy divertido viajar así, observé yo.

– ¡Oh, sí, mucho!, dijo Magdalena, á pesar de los peligros, y además muy ¡honroso!

Era de ver la expresión de gravedad con que la niña pronunció la palabra «honroso.»

Magdalena añadió que si hubiese sido hombre hubiera querido ser marino, y después preguntóme si yo tenía hermanos ó hermanas y qué carrera pensaba seguir.

Contesté que no tenía sino una hermana, apenas un año más joven que yo, y que adoptaría la profesión de escribano ó notario, tal vez notario, si no costaba muy caro.

– ¡De veras, exclamó Magdalena, escribano ó notario! ¿Y qué es eso?

Expliqué como pude lo que aquello significaba, y entonces la niña, mirándome un momento silenciosa, repuso:

– ¡Qué lástima!

Y no sé por qué esta palabra, pronunciada por aquella niña, me causó pena al oirla.

– ¡No, no, añadió al punto Magdalena, como hablando consigo misma; marino, marino! ¡Nada hay más hermoso!

Ya no dijo nada más; al doblar el ángulo de la calle, divisamos de repente la casa de sus padres, y Magdalena quedó pensativa. ¿Qué dirían?

Por lo menos, si miss Betsy no hubiese vuelto aún...

Llegados al umbral de la puerta, Magdalena cogió con sus manitas las mías y me dijo:

– Entre usted. ¿No quiere entrar conmigo?



Dispense usted, mi ayudante, dije llevando militarmente la mano á mi kepis. ¿No hay ejercicio hoy? (pág. 332)

Yo vacilé; comenzaba á ser tarde, la noche se acercaba ya, y también mi madre podía estar inquieta.

– Entre usted, entre usted, decía Magdalena, repitiendo siempre la misma palabra con su persistencia de niña obstinada.

Y había tal expresión de súplica en su mirada, tanta emoción en sus pequeñas manos temblorosas, que llamé resueltamente á la verja.

Un criado abrió al punto.

– ¿Está mi papá arriba en su habitación?, preguntó Magdalena.

– No, señorita, está en el salón con la señora condesa.

– ¿Y miss Betsy?

– Ha vuelto ya, muy desconsolada, y después ha salido otra vez, diciendo que iba á buscar á la señorita. La señora condesa se alegrará mucho de verla ya aquí.

– Venga usted, venga usted, me dijo Magdalena, siempre un poco inmutada, pero muy contenta al pensar que iba á tranquilizar á su madre.

Subiendo entonces por la escalera, detrás de la niña, llegué á una larga galería, donde espesas alfombras ahogaban el rumor de los pasos, y oímos hablar en una habitación contigua.

– Pero tranquilízate, amiga mía, decía una voz; Magdalena no es tan pequeña y tiene energía; no le falta lengua para hablar, y seguramente sabrá arreglarse para que la acompañen hasta aquí.

– Calle usted, me dijo Magdalena á media voz; es papá, que habla con mamá... Esperemos.

Y abriendo después suavemente la puerta, asomó la cabeza, diciendo:

– ¡Cucú!... ¡Aquí está Magdalena!

Y corriendo con ligereza, saltó sobre las rodillas de su madre, rodeóla el cuello con los brazos y comenzó á besarla, impidiéndola casi respirar.

– ¡Ah, loca, aturdida, decía la madre, cuánto pesar nos has causado! ¡Eres una mala niña!

– ¡Mamá, mamá, balbucía Magdalena con lágrimas en los ojos, si supieras qué contenta estoy! ¡Vamos, no me riñas... ni tampoco á Betsy, porque no tiene ella la culpa!...

– Pero ¿de dónde vienes así, llena de lodo?, preguntó el padre.

– Es cierto, papá... abrázame... Ha sido con los coches... y después... en la zanja... Pedro, el Sr. Pedro te lo contará todo... él es quien me ha salvado... Está ahí...

– ¡Cómo salvado! ¿Quién es el Sr. Pedro?

– ¡Ese joven!

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

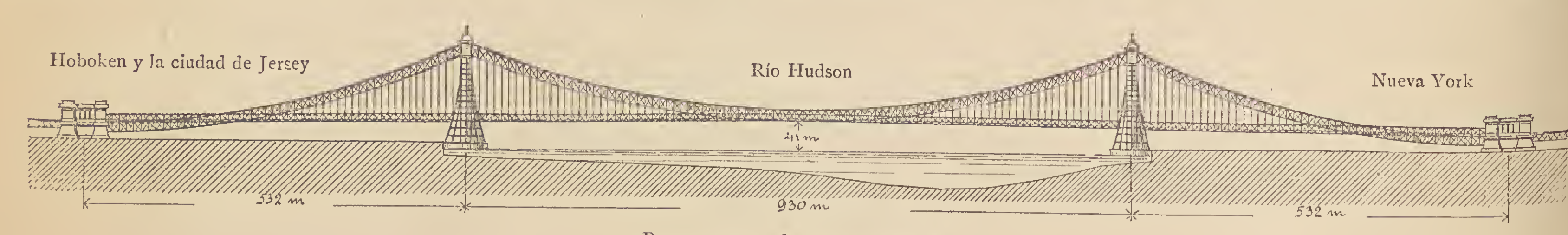
PUENTES MODERNOS

Dado el considerable aumento que en todos los países civilizados han tenido las redes de ferrocarriles y otras vías de comunicación, ha sido preciso vencer dificultades antes consideradas insuperables, y la moderna construcción de puentes, que de poco tiempo á esta parte ha producido obras verdaderamente colosales, es buena prueba de que la fabricación de puentes de hierro no retrocede ante las empresas más atrevidas.

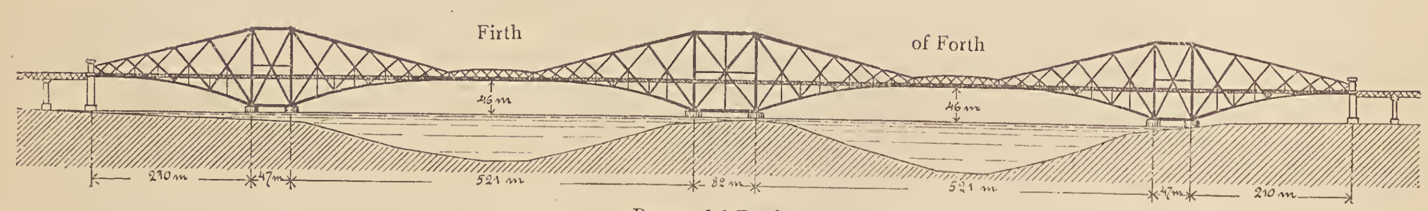
La concesión otorgada por el gobierno de los Estados Unidos, después de grandes discusiones, al ingeniero G. Lindenthal para construir un puente sobre el río Hudson que pondrá en comunicación directa la ciudad de Nueva York con Hoboken y Jersey, proyecto que reproduce la fig. 1 y cuya magnitud puede apreciarse comparando con otros puentes que las demás figuras representan, aseguran la realización de la obra más grande que en este género se ha podido llevar á cabo hasta nuestros días. Este puente colgante, cuyos cuatro cables sostenedores tendrán 1'20 metros de diámetro y correrán sobre torres-pilares de acero de 157 metros de altura, servirá para unir la ciudad de Nueva York con las líneas férreas que van á parar al arrabal occidental de dicha ciudad: además tendrá caminos para peatones. El período de construcción está calculado en cinco años y medio y el capital necesario para llevarlo á cabo se estima en 80 millones de pesetas, cantidad que, según parece, está ya reunida, de modo que el atrevido constructor podrá empezar en breve la construcción de su obra gigantesca.

Relaciónase con ésta una circunstancia accidental interesante: en 1874 constituyóse para llevar á cabo la comunicación por tierra firme entre las dos citadas ciudades la Sociedad del Túnel del Hudson, la cual después de sostener varios pleitos con los interesados pudo terminar felizmente en 1883 los 52 primeros metros del túnel que había de medir unos 2.000; debiéndose el hecho de haberse construído tan poco á la inundación que en 1880 invadió la obra, causando, además de los desperfectos materiales, la muerte de veinte trabajadores. Desde entonces, la construcción no ha adelantado gran cosa, de suerte que en la actualidad todavía no está terminada la mitad de la obra. En vista de este fracaso, el antes citado ingeniero austriaco concibió su proyecto para atravesar el mencionado río; siendo creencia general que el puente, construído muy cerca del sitio en que se ha abierto el túnel, quedará terminado mucho tiempo antes que éste.

De los demás puentes que reproducimos por vía de comparación, sigue en longitud al proyectado sobre el Hudson el del Firth of Forth (fig. 2), que se inauguró en la primavera de 1890 junto á Edimburgo (Escocia) y que es el mayor de todos los actualmente existentes. Este puente, construído por los ingenieros Juan Fowler y Benjamín Baker, lo está según el sistema de modillones, es decir, con brazos terminados por pilares á modo de cartelas y unidos en el centro por pequeños montantes independientes, y por él pasan dos vías férreas: fué comenzado en 1883 y terminado sin accidentes, habiendo costado 75 millones de pesetas. Las poderosas máquinas empleadas en su construcción, el empleo en gran escala del acero para todas las partes de la obra y la aplicación de otros elementos que han abierto nuevos horizontes para esta clase de construcciones, aseguran al puente del Forth, á pesar del que ahora se proyecta sobre el Hudson, un interés permanente que no es bastante á debilitar la censura que contra su autor, no sin razón, se ha dirigido por haber prescindido demasiado de la parte estética.



Puente proyectado sobre el Hudson



Puente del Forth

El tercer lugar entre los puentes colosales lo ocupa el construído sobre el río del Este, entre Nueva York y Broocklyn (fig. 3), no lejos del que se proyecta sobre el Hudson: proyectado y ejecutado por Roblin, era considerado antes de existir el del Forth como el mayor del mundo. Este puente, que pone en comunicación los dos lugares citados facilitando el tránsito de vehículos y peatones, es colgante, y sus dos cables apoyados en el mismo plano vertical no están unidos entre sí por enrejado alguno: su construcción resultó muy cara á causa de la poca experiencia que de tales obras se tenía cuando se llevó á cabo.



Puente sobre el río del Este

Llegamos ya al más pequeño entre los colosales, que también está todavía en proyecto. El prodigioso incremento del comercio marítimo de la antigua ciudad hanseática de Hamburgo exige el ensanche progresivo de la población, ofreciendo para ello las mejores ventajas, por lo menos para un barrio industrial, la orilla del Elba que enfrente de la ciudad se extiende y en la cual ya actualmente hay unos arrabales de bastante importancia. El deseo de poner en comunicación ambas orillas que se siente desde hace mucho tiempo ha llegado á hacerse apremiante, y habiéndose desechado la idea de un túnel que tiene una porción de inconvenientes, se pensó en la construcción de un puente alto sin pilares á fin de que no fuera obstáculo para la navegación. El proyecto del autor de este artículo, y que reproduce la fig. 4, está basado, como el del Forth, en el sistema de modillones, pues en Alemania los peritos en la materia tienen cierta prevención, no desprovista de fundamento, contra los puentes colgantes: la vía férrea que atravesaría el puente estaría empedrada, conforme á las necesidades del tráfico, y por ella circularían ferrocarriles funiculares ó movidos por la electricidad; el tiempo de construcción sería de cuatro años y el coste de la misma vendría á ser de 25 millones de pesetas, pues en esta obra no habría grandes dificultades de fundación ni de ejecución.



Puente proyectado sobre el Elba

Después de estos cuatro primeros representantes de la construcción de puentes, y teniendo en cuenta que se ha desistido del que se pensaba construir sobre el canal de la Mancha por el mismo sistema que el del Forth, vienen otros muchos cuyas proporciones van disminuyendo gradualmente y algunos de los cuales no dejan de ser obras de gran importancia. La construcción de puentes de tan extraordinaria luz se ha podido llevar á cabo gracias al empleo del acero; naturalmente los primeros fueron los puentes colgantes, pues la fabricación de los alambres delgados de que se componen los cables era mucho menos difícil. Más tarde se consiguió fabricar con perfecta regularidad y seguridad barras que permitieron la ejecución de puentes como el del Forth. El hecho de que los americanos prefieran para el del Hudson el sistema de los puentes colgantes, hoy casi absolutamente desechados, puede atribuirse á una particularidad nacional.

En resumen: si dirigimos una mirada retrospectiva, veremos que los puentes de piedra romanos alcanzaron hasta 25 metros de luz, los modernos hasta 50 y los antiguos de hierro 150: desde esta cifra á la que vemos en los puentes modernos preciso es confesar que el salto ha sido prodigioso, constituyendo una de las más maravillosas conquistas de la ingeniería moderna.

(De la revista alemana *Prometheus.*)

LA LANA MINERAL

Muchos son los que á menudo hablan de la lana mineral, pero este producto es nuevo y pocos conocen su origen, la manera como se produce y las pruebas relativas á su calidad. Sobre esta materia vamos á publicar algunos datos que tomamos de *Railroad and Engineering Journal.*

La lana mineral ó la lana de escorias se obtiene por la división de las fibras de éstas, al salir del alto horno, por medio de un chorro de vapor de alta presión, fibras que tienen el aspecto del algodón ó de la lana. Sabido es que las escorias contienen impurezas de diversas clases, especialmente compuestos sulfurosos que, en ciertos casos, pueden producir resultados funestos, razón por la cual las escorias artificiales han sido algunas veces sustituídas por minerales fusibles que se funden en hornos especiales y que se tratan igualmente por el vapor. A estos productos así obtenidos es á lo que debiera darse el nombre de lana mineral, reservando el de lana de escorias para la que se obtiene de las escorias de los altos hornos.



El empleo de estas materias, aunque reciente, se ha propagado con gran rapidez; los ferrocarriles de los Estados Unidos hacen actualmente frecuentes pedidos de ellas por cantidades de 10.000 kilogramos cada vez, y aun en algunas ocasiones por cantidades dobles que ésta, siendo hoy una verdadera industria.

La aplicación de esta materia en los ferrocarriles

se limita casi exclusivamente á rellenar con ella los dobles techos de los coches para viajeros, con el objeto de amortiguar el ruido y las vibraciones, y las dobles paredes de los vagones de refrigeración: los ensayos verificados para evitar el enfriamiento de las calderas y de los tubos de vapor no han tenido buen éxito, pues la experiencia ha demostrado que cuando se produce un escape que da salida al agua ó al vapor, el agua en contacto con los compuestos sulfurosos contenidos en la lana mineral los descompone, formándose entonces el ácido sulfúrico y resultando de ello grave daño para el metal de la caldera y de los tubos. De aquí que se haya desistido de emplear esta materia como aisladora de los recipientes que contienen vapor; nos referimos simplemente á la lana de escorias, porque la *New-York Steam Company* sigue utilizando con buen éxito las lanas minerales exentas de azufre.

Cuando se examina atentamente, apelando al microscopio en caso necesario, la lana mineral, compruébase que encierra una porción más ó menos considerable de pequeños glóbulos de escorias que no han adoptado la forma fibrosa, elevándose, á veces, la proporción de los mismos á 30, 40 y aun en algunos casos al 60 por 100 del peso total. Si se tiene en cuenta que el que compra esta materia al peso para rellenar un espacio sufre un detrimento á causa de la presencia de estos glóbulos que ningún valor tienen para él y que él paga lo mismo que las fibras, y se considera además que la lana mineral es objeto de transacciones diarias, se comprenderá que era necesario encontrar un modo de probar esta materia que permitiese obtener el empleo más económico de la misma. El problema no era de fácil solución. La materia se adquiere al peso para aplicarla al volumen; preciso es, pues, obtener el peso de un volumen dado en condiciones idénticas y sin que la materia experimente una compresión que falsearía la comparación. Para ello se ha utilizado el siguiente aparato.

Consiste en un recipiente cilíndrico de 25 á 30 centímetros de diámetro por 8 ó 10 de altura, cerrado en su parte superior por una membrana de caucho muy delgada, perfectamente ajustada á las paredes del cilindro y sobre la cual se coloca un pequeño disco de cristal. La pared cilíndrica del recipiente tiene una tubería á la que se ajusta un tubo de caucho y uno vertical de cristal graduado que forma nivel: el de caucho va á parar á un tubo de cristal de mayor diámetro, movible en sentido vertical y dividido en partes que representan centímetros cúbicos y otras fracciones si es preciso. Llénase de agua el recipiente y los tubos, cuidando de que el aire quede completamente expulsado del primero, hecho lo cual y fijado el disco de cristal en el recipiente por medio de pinzas, se eleva el tubo movible hasta que el agua suba en el tubo de nivel á una altura determinada de una vez para siempre, 60 centímetros, por ejemplo. En esta posición, el disco sufre cierta presión de abajo arriba, motivada por el agua: se baja luego el tubo movible de modo que la presión desaparezca; se quita el disco de cristal, y entre él y el caucho se introduce un puñado de lana cuidadosamente pesado, diseminándola un poco para que no forme masa; se hace descansar sobre ella el disco, y se sube el tubo movible de manera que la presión del agua sobre el diafragma comprima ligeramente la lana mineral entre él y el disco. El espacio ocupado por la materia se traduce en un aumento de altura del agua en el tubo-nivel, el cual indica el volumen de la materia, y como este volumen es medido con una presión constante, puede considerarse el problema como resuelto, puesto que se tiene un término de comparación entre las diversas fracciones de igual peso de lana mineral.

Este aparato es muy sencillo y exacto y puede emplearse para toda clase de materias cuyo peso, en su volumen dado, se quiera determinar.

La lana mineral ha sido preconizada para embalar y conservar huevos. Llámasela en Inglaterra *glass-wool* y se hace de ella extraordinario uso.

(De *La Nature*)

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

LOS APÉNDICES AL CÓDIGO CIVIL, *por don León Bonel y Sánchez.* – Se ha repartido la entrega segunda de esta importante publicación que con la colaboración de los más distinguidos jurisconsultos españoles escribe y dirige el magistrado de esta Audiencia Sr. Bonel. Comprende cuatro secciones: doctrinal, legal, jurisprudencia, cuestionarios y fueros. Cada entrega consta de 80 páginas. La suscripción á esta notable revista, indispensable á cuantos al foro se dedican, se hace por 12 entregas y cuesta 9 pesetas en Barcelona, 10 en provincias y 15 en Ultramar. Puntos de suscripción: Fontanella, 44, principal, primera, y en las principales librerías.

* * *

ME SUICIDO, *por D. José Bravo.* – Monólogo en verso, estrenado con extraordinario éxito en los salones de la Juventud Santoñesa, de Santander, la noche del 8 de diciembre de 1891. Segunda edición. Precio una peseta.

* * *

NADA ENTRE DOS PLATOS, *por D. Enrique Gaspar.* – Este tomo, que formando parte de la Biblioteca selecta acaba de publicar en Valencia D. Pascual Aguilar, contiene una porción de bellísimos artículos debidos á la pluma del insigne literato Sr. Gaspar. Como todo lo que produce el aplaudido autor de *El estómago*, *La levita*, *La resurrección de Lázaro*, y tantas otras joyas de nuestro teatro contemporáneo, estos artículos están escritos con una soltura, una elegancia y sobre todo con una gracia punto menos que inimitables: casi todos ellos son cuentos, narraciones entretenidas y de carácter ligero; pero hay algunos, como *Mi cuarto á espadas* y *El verso y la prosa*, que tienen no poca miga y expresan opiniones muy bien fundadas y muy dignas de tenerse en cuenta sobre cuestiones interesantes de lenguaje y literatura. Véndese *Nada entre dos platos* en las principales librerías al precio de dos reales.

* * *

ZARAGOZA ARTÍSTICA, MONUMENTAL É HISTÓRICA, *por A. y P. Gascón de Gotor.* – Se han publicado los cuadernos 57, 58, 59 y 60 de esta obra por más de un concepto interesante. Contienen además del notable texto correspondiente ocho bellísimas fotografías que representan: el coro de la Catedral del Pilar, unas columnas del palacio del Justicia de Aragón, una tabla del siglo XV, varios canetes y ménsulas ojivales, la portada de alabastro de la iglesia de Santa Engracia, un relieve de mármol representando la Asunción de la Virgen, obra de D. Carlos Salas, el frontis principal del templo de Nuestra Señora del Pilar y una vista general de este santo templo metropolitano. – Precio de cada cuaderno, una peseta.

* * *

DON QUIJOTE DE LA MANCHA. – Se han repartido los cuadernos 7 á 12 de la edición que de esta obra publica en esta ciudad D. Ceferino Gorchs.

* * *

ENSAYOS Y REVISTAS (1888 á 1892) *por don Leopoldo Alas.* – Cada libro nuevo que se publica del ilustre catedrático de la Universidad de Oviedo es una nueva muestra de lo que sabe y vale quien tantas y tan bellísimas obras de tan distinto género tiene dadas á la estampa. Tachan muchos á *Clarín* de severo, lo cual en vez de censura bien puede resultar elogio tratándose de alta crítica como la que él escribe; cuélganle algunos el sambenito de parcialidad, en ciertos casos agresiva, y tal acusación quizás se debe más á despecho que á convicción; pero nadie puede negarle eminentes cualidades de hablista notable y de concienzudo crítico, puestas de manifiesto unas en su estilo correcto, elegante y atildado y otras en la profundidad de sus conceptos, en la seguridad de sus juicios y en la vastísima erudición que en sus escritos se observa. El Sr. Alas podrá equivocarse á veces, que de humanos es errar; pero fuerza es reconocer que pone de su parte todos los medios y se vale de todos los elementos para juzgar con acierto. Su último libro es elocuente prueba de ello: la colección de artículos que contiene sobre distintas materias literarias, interesantes todas, son de aquellos en los cuales se admiran muchas bellezas y se aprenden no pocas cosas buenas y útiles. *Ensayos y revistas*, editado en Madrid por don Manuel Fernández Lasanta, véndese en las principales librerías al precio de 3'50 pesetas.



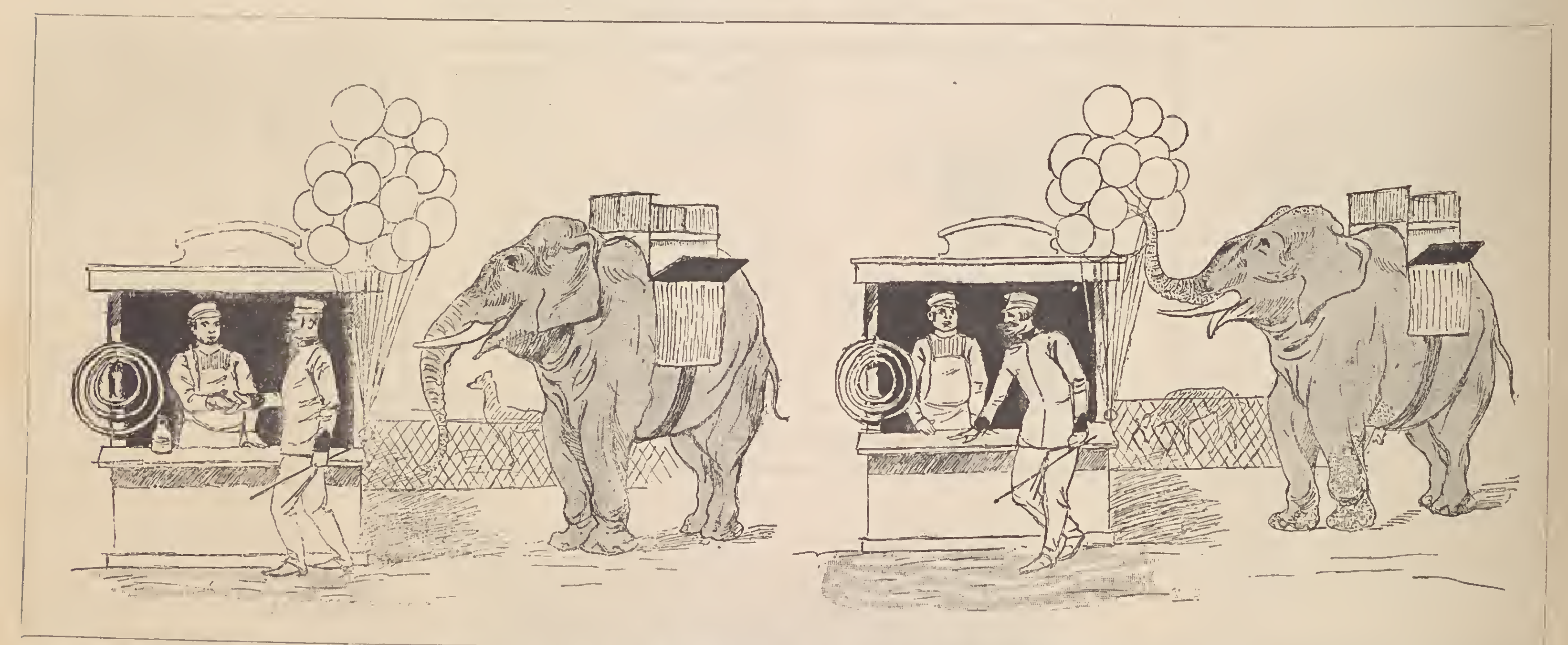
LA EMINENTE ACTRIZ ELEONORA DUSE

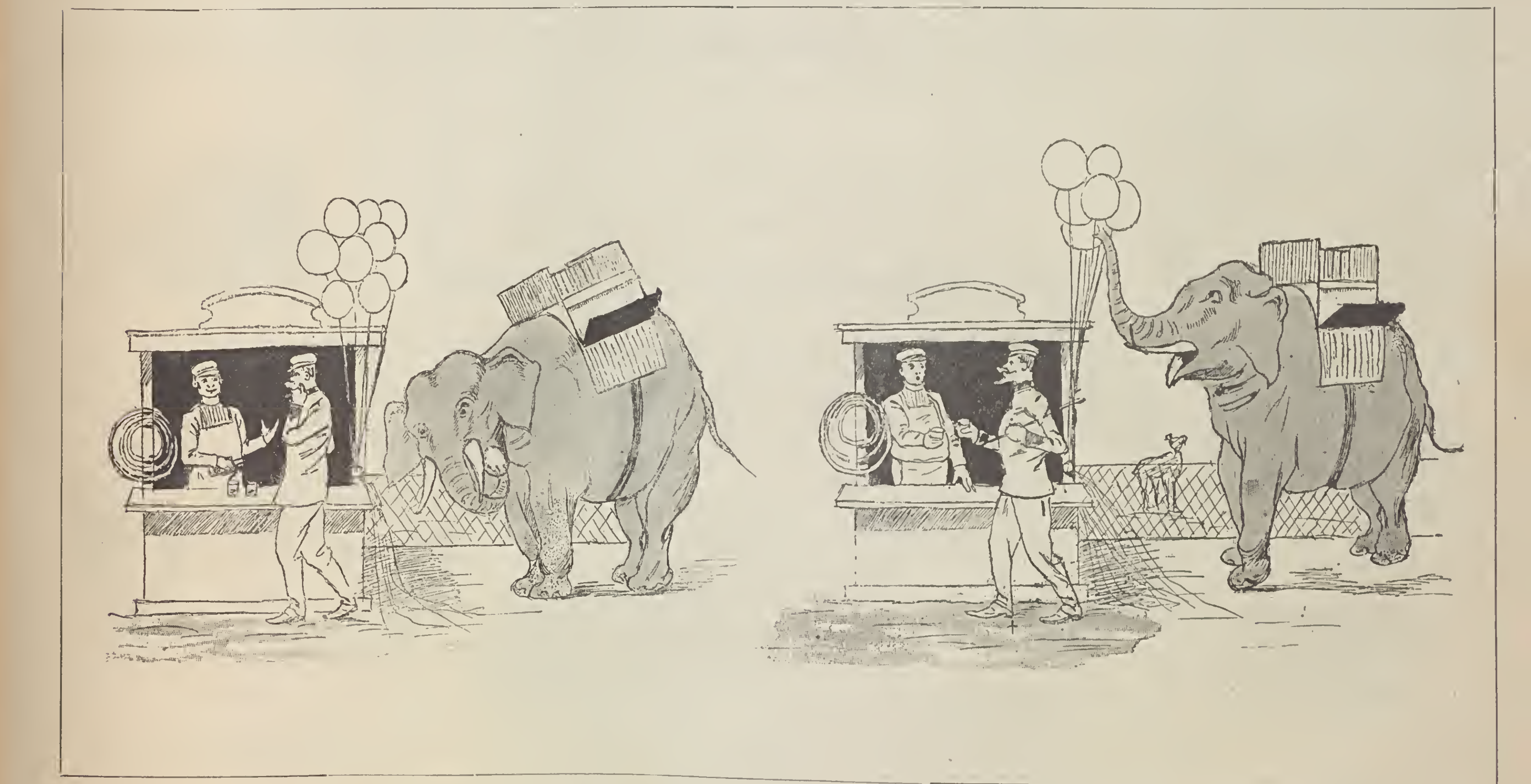
IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

AÑO XI — BARCELONA 23 DE MAYO DE 1892 — NÚM. 543

EL ELEFANTE AEROSTÁTICO, *croquis por Juan*





"DESEABA VER LAS RUEDAS DAR VUELTAS."

HUBO una vez un niño perspicaz que gustaba examinar la construcción interna del reloj de su tío á fin de poder "ver las ruedas dar vueltas." He aquí un niño despierto é investigador. Acaso suceda que algún día pueda hacer un reloj que lleve mejor la hora que los que suelen ofrecerse en venta y que con dificultad suelen seguir los días de la semana y mucho menos las horas y los minutos.

Pero para cien personas que saben cómo está construído un reloj, ¿cuántas hay entre ellas que conozcan la máquina que encierran sus cuerpos? Ni siquiera una.

Ahora bien, el corazón es la péndola humana. A veces late demasiado de prisa y otras demasiado despacio. ¿Qué es lo que lo hace funcionar de ese modo? ¿Puedes decirlo? Quizás no. Cuando su irregularidad te alarma, vas á ver al médico. ¿Por qué no estudias el asunto tú mismo y aprendes tanto acerca de él como el maquinista de la locomotora está obligado á saber con respecto á la máquina? ¿No puedes? Sí puedes.

He aquí un ejemplo. Cierto hombre escribe como sigue: "El corazón me latía y palpitaba como si quisiera saltar fuera de su lugar." Las ruedas de su cuerpo giraban demasiado de prisa. "Ganaba tiempo" en terribles proporciones, y cuando eso sucede el hombre va aproximándose á su muerte más de lo que es grato creer. ¿Qué desperfecto tenía su maquinaria? Estudiemos el asunto y tratemos de averiguar.

Dice que hasta abril de 1890 había gozado siempre de buena salud. A esa época tuvo un ataque de trancazo ó catarro pulmonar epidémico. Esto le dejó en un estado de endeblez como generalmente sucede tratándose de esta enfermedad. Una mañana del siguiente julio observó sobre sus caderas una extensa erupción semejante á una herpes, la cual se extendió gradualmente hasta cubrir el abdomen y todas las partes inferiores del cuerpo. Después de esto, su apetito le faltó y el acto natural y necesario de tomar alimento le ocasionaba fuerte dolor en el pecho. Añade dicho hombre: "La flatulencia se paseaba alrededor del pecho y enviaba toda la sangre á la cabeza."

Sin duda su descripción acerca de la sensación es correcta, pero el hecho era probablemente el haber demasiado poca sangre en la cabeza más bien que mucha, y la flatulencia ninguna relación tenía con ello. Su sistema se hallaba falto de alimento á causa de la enfermedad, y la máquina de su cuerpo iba demasiado de prisa de pura debilidad y no por exceso de fuerzas, de igual modo que el buque se mece y mueve sobre las aguas por falta de lastre. "Solía entrar en un fuerte calor," dice, "y el dolor y vahido me molestaban tanto que me imaginaba me caería al suelo en un paroxismo. En ciertas ocasiones las manos y pies estaban fríos y pegajosos, y en otras solían arder como si hubieran sido picados por ortigas. Por más de tres meses continué así, poniéndome cada día más endeble."

En efecto, ¿qué otra cosa debía esperarse? "Sintiéndome muy inquieto á la sazón," continúa, "ví á un médico el cual me recetó medicinas y fricciones, pero sin éxito, y me puse peor. En agosto de 1890 leí en el *Freeman's Journal* sobre el *Jarabe de la Madre Seigel*, y pensé que quizás éste me daría alivio. Compré una botella en el Medical Hall, Ballinamore (Irlanda), y con sorpresa, después de tomarla, me encontré mejor. La continuación del Jarabe hizo desaparecer la erupción ó sarpullidos, y empecé á saborear el alimento. Dentro de poco me fué posible comer de cualquiera cosa. Quedé completamente sanado y pude trabajar de nuevo.

"Doy gracias á Dios que me dieron á conocer el *Jarabe Seigel*, y deseo informar al público de su eficacia á fin de que otros pobres dolientes lo prueben.

(Firma) "WILLIAM O'HARA,
"Lannanarieugh, Bawnboy,
"Curlough, Condado de Caván,
"Irlanda.

"Junio 5, de 1891."

El Sr. O'Hara es un labrador y muy conocido y respetado en su distrito. La enfermedad que él describe fué la indigestión y dispepsia, la cual produce la palpitación del corazón, ocasionada por la presión contra él del estómago, llenándose éste de gas producido por el alimento fermentado. El veneno procedente del mismo origen tambien entró en la sangre y puso al cerebro y al sistema nervioso en desorden, fomentando así el colapso general.

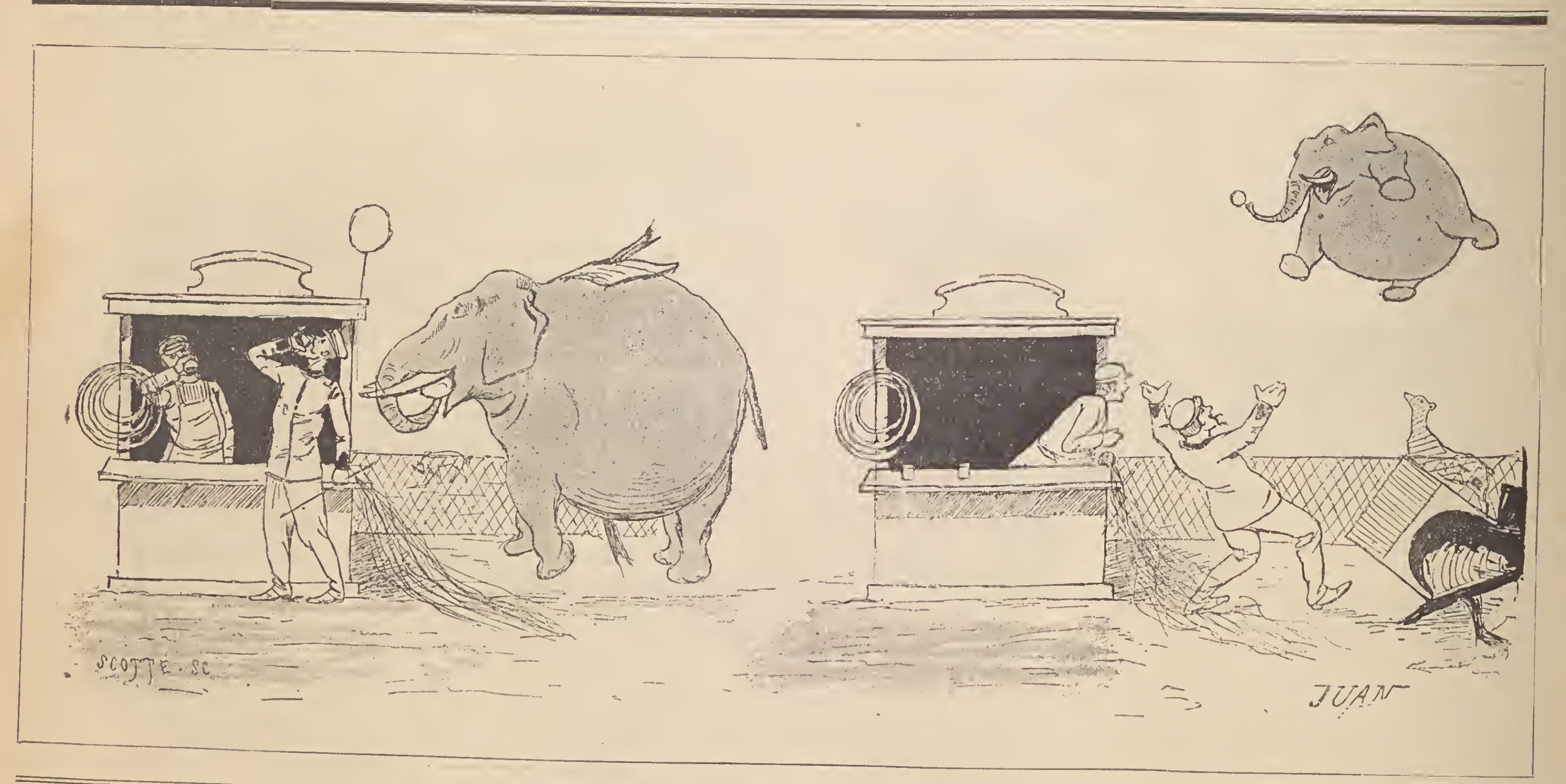
Cuando el *Jarabe Seigel* hubo expelido el veneno, y puesto nuevamente en movimiento la maquinaria digestiva, las fuerzas volvieron como cosa natural, y el corazón llevó á efecto su funcionamiento con regularidad y con su fuerza natural.

Si el Sr. O'Hara hubiera comprendido que todas sus varias dolencias y dolores provenían del mismo origen hubiera estado menos desconcertado.

La inferencia parece ser que no hay nada como el *Jarabe de la Madre Seigel* para hacer guardar la hora al reloj humano y repararlo cuando no esté en orden.

Si el lector se dirige á los Señores A. J. White, Ld., de la calle de Caspe, n.° 155, Barcelona, estos señores tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado explicando las propiedades de este remedio.

El *Jarabe Curativo de la Madre Seigel* está en venta en todas las farmacias. El precio del frasco es de 14 reales, y el del frasquito, 8.



IMP. DE MONTANER Y SIMÓN